

A los pocos dias Justina daba su alma al Criador; y Sélima, despues de enterrarla piadosamente al lado de su hijo, no creyéndose segura cerca de Hixem, se ausentó de Córdoba, llevándose, con la satisfaccion de su venganza, un remordimiento en el corazon.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
FIN DE LA LEYENDA DE HIXEM II.  
CONSEJERIA DE CULTURA

# EL CAPITAN MORGAN.

NARRACION CONTEMPORÁNEA.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Sr. D. Mariano P. Zarco del Valle.

*Mi querido amigo: Usted, que no habrá olvidado al inglés famoso, cuyas aventuras dejaron tan amarga impresion en los salones florentinos, leerá sin duda con vivo interés las siguientes páginas, en las cuales, con algo de novela, hallará verdadera historia. Como por estas circunstancias, aunque en sí valga poco, ha de tener para V. mayor precio que para los demás la presente obrilla, á V. se la dedico, en grata memoria del tiempo que pasamos juntos en Florencia, y del sincero afecto que le profesa su antiguo amigo,*

EL PUQUE DE RIVAS.

---

## EL CAPITAN MORGAN.

---

### I.

#### EL ENCUENTRO.

El 30 de Diciembre de 186..., al reanudar su marcha el tren que de Roma iba á Florencia, despues de diez minutos de parada en Foligno, punto donde confluye la línea de Ancona, dos viajeros se encontraban en un vagon de primera. Sería el uno como de treinta y cinco años de edad, y con el rubio bigote, que de vez en cuando se retorcia, su capote de paño gris y pequeña gorra militar inclinada sobre la oreja, cualquiera lo hubiese tomado por un oficial inglés. En las manos, que antea-dos guantes pulcramente ceñían, llevaba una *Guía de ferro-carriles*, que á menudo hojeaba.

El otro, más avanzado en años, era algo grueso, de porte señorial y faz benévola y satisfecha.

—Vamos atrasados, dijo el primero en correcto italiano, pero con marcado acento inglés: segun mi *Guía*, á las tres debíamos llegar á Perugia; están al caer, y aún nos faltan dos estaciones.



—En efecto, contestó el compañero; aunque poco, llevamos algun atraso; mas continuando á este andar, pronto rescataremos lo perdido.

—Por mi parte, no tengo prisa ninguna. ¡Este país es tan bello! Y no digo nada de Brindis á Ancona.

—¿Venís de aquel puerto?

—Sí, de allí vengo, ó por mejor decir, de la India.

—¿Y cómo anda aquello? ¿Enteramente tranquilo?

—A lo ménos en la apariencia. Los indigenas tascan el freno, pero al fin nos respetan: somos los más fuertes.

—Y tambien contais por amigos á *rajahs* muy poderosos.

—Ciertamente algunos de ellos nos rinden homenaje, y por la cuenta que les tiene, nos ayudan en nuestra obra; sin embargo, no hay que fiar en sus sentimientos: nuestro dominio es puramente material, y tenemos que andar con cien ojos. Cuando ménos se piensa, el odio y el fanatismo engendran nuevas rebeliones, y si bien á fuerza de perseverancia y de valor logramos apagarlas, siempre queda una chispa invisible, que produce más tarde otros incendios. ¡Ah! no se me han olvidado las penosas campañas del 57 y 58: verdad que si se me olvidáran, esta malhadada pierna se encargaria de recordármelas.

—¿Fuisteis herido?

—Sí, en la toma de Lucknow el 19 de Marzo de 1858. Eso me obliga á venir á Europa. Me creia enteramente curado; pero hace cinco ó seis meses, en una cacería, me caí del caballo, y se me volvió á abrir la herida.

Así diciendo, ofreció un cigarro á su compañero, que

lo aceptó de buen grado, y poniéndose ambos á fumar, siguió la conversacion con tono de mayor franqueza.

—¿Venís, pues, á consolidar vuestra cura?

—Ya estoy casi bien. Ando sin dificultad, y hasta bailo. Sólo me ha quedado una ligera contraccion en la rodilla, que pienso remediar con algunas aguas de Alemania. Casi me alegro de la herida, al verme por ella en Europa al cabo de nueve años de ausencia.

—Por lo bien que hablais italiano, se ve que no es la primera vez que pisais esta tierra.

—No, no he estado nunca en Italia, aunque no me faltan relaciones de parentesco en este país. Mi familia fué siempre apasionada de todo lo italiano. Tuve maestro de este idioma cuando niño, y ademas mi hermano Sir Aston, el coronel, está casado con una florentina.

—¿El coronel... quién habeis dicho?

—Sir Aston Morgan.

—¡Oh dicha! ¿Sois entónces Ricardo... el capitán?

—Ciertamente.

—¿Y mi prima Elena?

—¿Hablo por ventura con el príncipe Cósimo Cantelmini?

—Con el mismo en cuerpo y alma.

Y sin más se estrecharon las manos con la mayor efusion.

Hacia diez años que el Príncipe no veia á Elena, su prima hermana, ni al marido de ésta, Sir Aston, ambos en la India, donde él ejercia un importante cargo militar.

En cuanto á Ricardo, era la primera vez que con él

se encontraba; pero le descubria cierto parecido con su hermano, y ademas su figura y gentileza respondian en un todo al retrato que de él le habia hecho Elena en sus cartas.

El capitán Morgan—como ya le seguiremos llamando en nuestra narracion—dió al Príncipe noticia circunstanciada de su prima, del coronel y de los preciosos niños de tan feliz matrimonio. Tambien le recordó, causándole con ello vivo gozo, curiosas anécdotas de su juventud, que habia oido contar á Elena, la cual hablaba siempre de su primo Cósimo con el mayor cariño.

Tratándose ya de parientes nuestros viajeros, departieron largamente de asuntos que interesaban á ambas familias, y hasta de particularidades de carácter reservado, sólo conocidas de los Cantelmini y de los Morgan.

Como á media hora de la Estacion de Florencia, el Capitán preguntó á su compañero si el *Hôtel de la Victoria*, que le habian recomendado como el mejor, lo era en efecto; á lo cual respondió el Príncipe:

—No penseis en iros á ningun hôtel. Mi palacio es vasto y bien situado en la *vía* del Procónsulo. Ya que mi buena suerte me ha proporcionado el gusto de trabar amistad con el representante de una familia que tanto estimo, y á la cual me unen estrechos lazos, no es cosa que deje pasar la ocasion de darle una prueba de aprecio y simpatía.

—Mucho os lo agradezco, pero sentiria que os sirviese de incomodidad.

—¡Qué incomodidad! Yo vivo solo con mi prima Francesca.

— Pero acaso esta señora...

— No la conoceis : estará encantada.

— Es la que, segun Elena me ha contado, llamais la amazona.

— ¡La amazona!... cuando Dios queria. Pues habeis de saber que en mi pobre prima, el alma y el cuerpo anduvieron siempre algo desacordes, y de igual manera que en su juventud la daba de insensible y dura, y no tenía más afan que cazar, montar á caballo, tirar á la pistola, ahora se aferra en ser niña, á pesar de sus cuarenta y cinco largos de talle, y todo es poesía y melindres y sentimentalismo, aunque ya un tanto trasnochado. Eso sí, corazón de oro. Y yo, en gracia de sus excelentes cualidades, le aguanto sus rarezas, y vivimos en la mejor armonía. Además, viudo y puede decirse que sin familia, pues mi hijo Carlos, diplomático, como sabeis, está siempre ausente por su carrera, Francesca me acompaña y cuida de mi hogar miénträs yo me ocupo en los negocios.

— Pero llegar así de sopeton...

— Vuestra llegada será para mi prima motivo de júbilo y feliz ocasion de lucir sus perifollos.

En esto paró el tren en la Estacion ; el Capitan y el Príncipe se apearon, y subiendo un momento despues á una elegante berlina que estaba aguardando al último, se dirigieron juntos al palacio Cantelmini.

---

## II.

### EL BAILE EN LA LEGACION.

El Capitan Morgan fué objeto de toda clase de finezas y atenciones por parte del Príncipe y sus amigos. Las damas lo hallaban bizarro y galán en extremo, y doña Francesca, segun su primo habia previsto, estaba encantada con el huésped. No podia el Capitan haber entrado con mejores auspicios en la alta sociedad florentina. El ministro de su nacion, que en él veia un militar inglés de esclarecido linaje, y emparentado ademas con una familia italiana de la importancia de los Cantelmi-  
ni, lo acogió del modo más lisonjero, y dió en su obsequio un espléndido sarao, en que reunió quanto á la sazón encerraba la capital toscana de aristocrático, elegante y distinguido.

Mas apresurémonos á subir la escalera del ministro, verdadera cascada de luces y de flores, y penetremos sin más tardar en aquellos brillantes salones.

El egregio diplomático y su amable esposa, muy atentos y obsequiosos con todos sus convidados, presentaron al Capitan á cuantas personas de calidad honraban la fiesta, y entre ellas á la princesa Etelvina, dama de clara estirpe escandinava y viuda de un magnate alemán, la cual, con su encantadora hija Irene, por moti-

vos de salud, pasaba aquel invierno en Florencia.

Los sones de la orquesta llenaban los ámbitos, y multitud de parejas bailaban alegres un animado rigodon.

Galanteando á las señoras, vagaba de un lado á otro el Capitan, sin cuidarse de la danza, cuando se le acercó el ministro y le dijo:—¿Cómo no bailais? Justamente acabo de decir á unas damas que el mal de la pierna no os impide bailar tan bien como cualquier otro. ¿Por qué no sacais á la princesa Irene? Ella os agradecerá la fineza, y quedará probado que dije verdad.

Pocos momentos despues la jóven Princesa, bella como ninguna, de blanca gasa vestida, perlas en el cuello, y recogidos á la griega los cabellos de oro, giraba á los arrebatados compases de un vals de Strauss con el feliz Capitan, maravillado sin duda de hallarse aspirando el puro aliento y tocando la virginal cintura de tan excelsa dama.

Terminado el vals, el galan dió, rendido y cortés, las gracias á su compañera, y-ella, cogiéndose de su brazo, le pidió que la llevase á tomar un helado.

Encaminábanse en esa disposicion á la pieza en que estaba el refresco, cuando acertó á pasar cerca de ellos un criado de librea con una gran bandeja de plata, cubierta de sorbetes y quesillos helados de todos colores y hechuras. El Capitan, cuyo brazo derecho iba ocupado con el de la dama, tendió el izquierdo para alcanzar lo que ésta deseaba; pero al tocar la bandeja, encontrándose sus ojos con los del criado, palideció de súbito, quedándose yerto y sin accion, miéntas el sirviente, como de chispa eléctrica herido por nerviosa, involuntaria con-

mocion, echaba á rodar por la alfombra parte de su car-gamento.

—¿Qué os sucede, Capitan? Me habeis asustado, dijo la Princesa con sobresalto.

—Perdonadme, señora, contestó el galan recobrándose. Esta malhadada pierna... Cuando ménos lo pienso, me dan unas punzadas... Pero ya pasó; no fué nada; estoy como si tal cosa... Hubiera sentido que ese tórpe de criado os manchára el traje... Lo mejor será que sigamos nuestro primer impulso, y que vayamos al aparador; allí podréis refrescar más cómodamente.

La elegante pareja desapareció entre el concurso, y el pobre doméstico, acudiendo otros que recogieron los despojos del daño y limpiaron el suelo, continuó sus servicios, mas ya sin calma ni concierto, y tropezando con todos los grupos, cual palomino deslumbrado.

De la sala del refresco, donde se detuvieron breve espacio, el Capitan condujo á la Princesa al lado de su madre, yéndose él, de propósito, por donde más gente y confusion habia.

Poetizando el lance con su viva imaginacion, la candorosa doncella contó á su madre, oyéndolo cuantos cerca estaban, lo ocurrido al Capitan despues del vals; y como, gracias al príncipe Cantelmini, era ya de todos conocido su noble comportamiento en la India y el honroso motivo de su viaje, la relacion fué acogida con sumo interés, corriendo rápidamente de boca en boca, si bien, cual sucede en tales casos, corregida y aumentada por cada uno que á otro la trasmitia. Quién contaba que el Capitan se habia caido desmayado en los brazos de la jó-

ven Princesa; quién que, al ir, á coger un helado, perdiendo el equilibrio por un repentino calambre en la pierna herida, habia dado de narices en la bandeja, causando el estrupicio sabido y el susto consiguiente. Y no faltó quien, diciéndose mejor enterado, tachando de inexactos las anteriores versiones, afirmase que lo acontecido era que la herida de que se hallaba convaleciente el Capitan se le habia vuelto á abrir con el calor y los rápidos compases del vals, asegurando muy seriamente haber visto con sus propios ojos á un criado limpiar la sangre del suelo con un paño.

Miéntas tales patrañas circulaban, las mujeres, impresionables de suyo, tomando pié del suceso, se hacian lenguas de nuestro héroe, y de labios más ó ménos rosados salian estas ó parecidas frases:— ¡Qué gloriosa herida!— ¡Habrà hombre más interesante!— Su figura recuerda á lord Byron. Hasta la dificultad en él andar le da semejanza con el poeta.— ¡Pobre Capitan! ¡Quiera Dios que no sea cosa de cuidado! exclamaba una mamá, sentada entre dos niñas ya casaderas; y luégo, bajando la voz, les decia: Ese sí que sería un buen novio; y no digo nada cuando herede á su tío el general Morton, hoy de gobernador en el Canadá.

Y á este tenor todo era encomio en las damas y vivas muestras de simpatía.

Entre los hombres, si bien los más le eran igualmente propicios, no reinaba tan perfecto acuerdo acerca de las excelencias del caballero inglés: quién encontraba que en sus modales habia más desenvoltura que nobleza; quién, que sus piés eran grandes y poco aristocráti-



cas sus manos, ó que su manera de expresarse, merced sin duda á la vida de los campamentos, pecaba más de vulgar que de culta. Pero estas observaciones, tímidamente presentadas y llenas de circunloquios, se estrellaban en la general opinion, completamente en favor del Capitan, que aquella noche era el ídolo de la fiesta.

Él, entre tanto, procurando oscurecerse en la multitud, iba mirando con disimulada ansiedad á todos los criados que, atentos al servicio, por una ú otra parte pasaban. Viendo de léjos al fin al que andaba buscando, que era el mismo del extraño encuentro ántes descrito, se dirigió á él con aparente serenidad, y tomando de su bandeja un helado, le dijo algunas palabras al oido. Habia acabado apénas de proferirlas, cuando se le acercó doña Francesca, visiblemente conmovida, haciéndole atropelladamente mil preguntas sobre el accidente de la pierna, del cual ¡pobre señora! le habian hecho un relato desgarrador. Se fueron agrupando otras personas, todas con la misma cansera, y el criado siguió adelante con sus refrescos, mas ya sin tropezar con nadie, habiendo recobrado el empaque y gravedad que á un lacayo de sus ínfulas convenia. Por último, el príncipe Cantelmini, que no solia velar demasiado, y que, por otra parte, se hallaba algo indispuerto aquella noche, vino á librar de importunos al Capitan, aconsejándole el descanso y proponiéndole volverse con él á casa. No se hizo de rogar el inglés, y con el Príncipe y su prima, que, contra su costumbre, no quiso quedarse al cotillon, regresó tranquilamente al palacio de la *Vía del Procónsola*.

---

### III.

#### DOÑA FRANCESCA.

El Capitan entró en su cuarto, donde lo halló todo dispuesto, como de costumbre. Mandó retirar al criado que accidentalmente le servia, y apenas se encontró solo, se arrojó en un sofá, y con la mano en la mejilla quedóse un rato suspenso y pensativo. Notando despues un ramillo de violetas que en el ojal traia, tierna expresion, sin duda, de alguna de las damas del baile, se lo arrancó con amarga sonrisa, y, encogiéndose de hombros, lo echó desdeñosamente sobre una mesa. Luégo quitóse el frac y la corbata blanca, se puso una especie de sayo corto de veludillo leonado con que solia estar en su aposento, y acomodándose en un sillón cerca de la chimenea, fijó los ojos en la llama del hogar, y con la faz sombría se entregó de nuevo á sus pensamientos. Por lo visto, el baile no habia dejado gratas impresiones en el ánimo del Capitan, y su extraño encuentro con el criado de la bandeja, incidente que debia encerrar algun arcano, era, tal vez, el motivo de su caviloso desvelo.

En esta disposicion se hallaba, cuando dos golpeitos en la puerta llamaron su atencion de improviso.

—¡Capitan! dijo una voz femenil, en tono apenas perceptible; soy yo... Francesca. Vengo á saber cómo estais.

El Capitan se puso en seguida de pié, se atusó el cabello, y, tomando una expresion serena y afable, recorrió el pasador de la puerta.

Doña Francesca entró en la estancia. Una elegante bata de seda rosa, con solapa y vueltas de color gris claro, guarnecida de encaje de Brusélas, cubria sus un tanto abultadas formas, y aunque airosamente desceñida por detras y arrastrándole un poco, más corta por delante, dejaba ver sus pequeños piés, hospedados en primorosas chinelas, de igual tela y color que el vestido. El tocado era el mismo que llevara al baile, sin más que haberlo aligerado de cintas y flores. Doña Francesca, á pesar de sus cuarenta y cuatro cumplidos, y de los hilos de plata que empezaban á mezclarse con el azabache de sus cabellos, en aquel atavío, á aquella hora, y al ténue resplandor de la lámpara, velada por una pantalla de suave transparencia, á otro más delicado que el Capitan le hubiera parecido una diosa. Él, sin embargo, en su honor sea dicho,—aunque tal vez fuera más por malicia que por virtud,—se mantuvo á la defensiva, si bien tratando, segun su idea, de sacar el mejor partido de aquella feliz coyuntura.

—¡Qué buena sois! ¡Cuánto os lo agradezco! dijo, mostrándose sorprendido. No esperaba tan agradable visita.

—Ricardo, he luchado conmigo misma y he vacilado

no poco, ántes de decidirme á llamar á vuestra puerta. Pero, como despues del accidente del baile, al separarnos estabais tan pálido, pensé que padeciais, y que, por excesiva delicadeza, tratabais de ocultarlo. Sin informarme ántes de vuestra salud, no habria hallado sosiego en toda la noche.

—Gracias, amiga mia, gracias por tanta bondad. Aquello no fué nada... el calor, las luces... A cualquiera le da un vahido. Ya estoy como si tal cosa. Mas por mí no os incomodeis. Me pesaria que tan delicada atencion os parase en perjuicio. Vuestro primo puede saber...

— Mi primo duerme á pierna suelta, y sus habitaciones dan al otro lado de la casa. ¡Ah, señor Capitan! decid que os molesto.

—¿Cómo podeis creer... Si no hay riesgo para vos, quedaos en buen hora, que en ello yo soy el verdaderamente ganancioso.

Doña Francesca no se hizo de rogar, y sin más rodeos ocupó una silla cerca de una mesa; pero notando el ramillo de violetas que en ella yacia, dijo:

—¡Ah! ya comprendo por qué os disturba mi visita: meditabais amorosamente sobre esas flores, que sin duda os dió la Princesa del ramillete que llevaba en la mano, y he venido á interrumpir vuestros enamorados pensamientos.

El Capitan, viendo plenamente confirmadas sus sospechas, y acaso tambien realizadas sus esperanzas, se guardó de sacarla de su error sobre el origen de aquellas flores, dejando que avivase su pasion naciente el acicate de los celos; mas conviniendo á sus fines que ella lo cre-

yese partícipe de su amoroso fuego, acercándose á la ilusa dama exclamó con arrebató :

—¿ Es posible que seais tan injusta conmigo? ¿ No os dijeron bastante mis ojos en los días de ventura que he vivido á vuestro lado? De más sabeis quién es la verdadera princesa que avasalla mi corazón. ¿ Por qué retardo mi viaje á Inglaterra, donde tan graves asuntos me reclaman, si no es por falta de valor para arrancarme á los dulces lazos en que me teneis preso? Mi cuna, mi nombre, mi posición, me obligan á guardar ciertas atenciones en sociedad; pero si cuando recelais de mí pudierais leer en mi alma...

—Si me amais, como decís, repuso doña Francesca, que habia oido embelesada al Capitan, pero á quien las flores aquellas seguian atormentando, sacrificadme esas violetas; yo os daré por ellas...

—Vuestras son, dijo, sin dejarla concluir, el Capitan. Y ella, cogiendo con implacable mano ¡á tanto conducen los celos! aquellas inocentes florecillas, las arrojó despiadada á la chimenea. En seguida se quitó una sortija con un hermoso zafiro, y asiendo la mano del Capitan, se la puso en un dedo, acompañando la acción de estas palabras :

—No os la doy por lo que valga en sí, que es poco, sino por haberla llevado mucho tiempo, y ser el zafiro piedra que trae la suerte á los amantes, y cuyo brillo no se apaga como el de las flores.

Permaneció pasivo el Capitan mientras su enamorada le ajustó el rico anillo, y luego que le tuvo puesto, dijo, exhalando un suspiro :

— ¡Bella es la sortija! mas otra recompensa esperaba.

Comprendió, ó creyó comprender, doña Francesca la idea del Capitan, y alargando gozosa el cuello, le dejó que pusiese los labios en el bermellon que los suyos cubria. La madeja empezaba, al parecer, á enredarse, cuando un portazo en la cercana galería cortó brusca-mente los vuelos al redomado inglés, calmando al propio tiempo los vaporosos arrebatos de la sentimental doña Francesca.

Con la rapidez que se convierten unas en otras las figuras de los vulgarmente llamados *Cuadros disolventes*, el amor tomó la forma del miedo.

— ¿Qué podrá ser? decia doña Francesca azorada. No me atrevo á salir.

— No os asustéis, dijo el Capitan. Yo iré á enterarme. En tanto, quedaos aquí.

Salió, en efecto, á ver lo que pasaba, y volvió muy luego á contárselo á su temerosa amiga. Era simplemente que el Príncipe estaba indispuesto, y que su ayuda de cámara habia ido á hacerle té á la repostería.

Cesó el sobresalto de doña Francesca; pero en su calidad de ama de casa, y con el fraternal cariño que tenía á su primo, determinó ir á informarse por sí propia de lo que ocurría. Despidiéronse los dos amantes, y el Capitan, viéndose solo y que eran las tres de la madrugada, se metió en la cama, consideró un momento el zafiro á la luz de la bujía, la apagó despues, y á poco se quedó dormido.



---

---

#### IV.

##### LOS DOS PRIMOS.

Al siguiente día un diluvio de tarjetas vino á probar al Capitan el interes que despertaba su preciosa salud en la alta sociedad de Florencia. Muchos, al dejarlas, escribían alguna atenta frase en la cartulina, y todos preguntaban solícitos si el Capitan habia vuelto á resentirse de su herida.

El portero, en cumplimiento de su consigna, todo el día estuvo repitiendo automáticamente: — Su Señoría sigue bien, pero está algo cansado y no recibe.

Entre los muchos testimonios de simpatía con que se vió lisonjeado nuestro héroe, debemos hacer particular mencion de cierto billetito perfumado, en el cual, con letra corrida, pero temblorosa mano, estaban escritas estas palabras :

« Capitan, el temor de que haya podido repetirse el doloroso accidente de anoche me mueve á escribiros, con el solo objeto de saber de vuestra salud. ¡ Qué susto me hicisteis pasar ! Quiera el cielo que no hayais vuelto á resentiros de la herida, y que ya hoy esteis tan bueno como en su corazon lo desea *Vuestra pareja de vals.* »

Aunque poco importante en sí, no dejó la misiva de halagar la vanidad del Capitan, ya porque se le figurase leer entre renglones más de lo que decia, ya tambien por la aristocrática mano que la habia escrito. Ello es que, al leerla, una sonrisa le alegró la faz, un tanto anublada aquel dia.

No habian trascurrido diez minutos desde la recepcion de la anónima carta, cuando se presentó de nuevo el criado con una tarjeta en la manó, diciendo que el portador habia mostrado bastante empeño en entregarla él mismo, y que aguardaba contestación.

El Capitan vió que era del ministro de Inglaterra, que tambien preguntaba por su salud; y sospechando el porqué del deseo del mensajero, mandó que pasára adelante.

Un momento despues entró en la estancia, con gran compostura y respeto, un lacayo de librea y pelo empolvado.

Ya solo con el Capitan, sin proferir palabra, paseó en derredor una discreta mirada.

—No tengas cuidado, John, le dijo el Capitan, nadie nos oye; pero no estará de más que des una vuelta á esa llave y que corras la cortina.

Apénas ejecutada tan prudente indicacion, John, perdiendo de pronto su humilde gravedad, se apoyó la siniestra mano en la cadera, y agitando la derecha, exclamó:

—¡Ah bellaco de Lucifer! ¿Conque nada ménos que el capitan Mister Richard Morgan? No te perdonaré el saltó que me hiciste pegar anoche. ¿Por qué diablos no



me avisaste siquiera? Sabía que eras muchacho de chispa, y que de criado inferior te habias elevado á ayuda de cámara y áun á secretario particular; pero ¿cómo imaginar que seis años más tarde te hubieses, por arte mágica, convertido en la mismísima persona de tu señor? Sin duda, al ver que tu nombre de bautismo era igual al suyo, quisiste tambien tener el mismo apellido. Richard, Richard, aquí hay algo de oscuro, y me espanta y confunde verte en ese camino.

—¿No acabarás con tan insulsa charla? dijo impaciente el Capitan. Si fué natural tu sorpresa de anoche...

— Y la de hoy, interrumpió John con viveza; que áun me estoy estregando los ojos, cual si tuviera telarañas. ¡Contonearte tú, como un par de Inglaterra, llevando á una princesa del brazo, cuando no há mucho tiempo...

— John, dijo cortándole la frase el Capitan, reprime esa lengua maldita y vamos á cuentas. ¿De qué me acusas? ¿de llevar un nombre postizo? Pues ¿y tú, alma ruin, no me has robado el mio?

— Tan Brown soy yo como tú. Si tú lo llevas por tu padre, yo por mi madre, que era su hermana.

— ¿Y por qué dejaste de llamarte Clarke, que era el apellido del autor de tus dias?

— ¿Por qué...

— No te incomodes; tengo buena memoria: porque, sirviendo á un señor en Palermo, desaparecieron de su casa unas alhajas, y todas las sospechas recayeron sobre tí. No quiso tu amo poner el asunto en manos de la justicia; pero te echó ignominiosamente, y todos en la ciu-

dad se enteraron del caso. Entónces cambiaste de residencia y de nombre, tomando el que hoy llevas.

— Las sospechas fueron injustas. Soy hombre de bien. Despues serví en otras partes, y los certificados que tengo abonan mi probidad.

— No digo que no, pero si tú eres hombre de bien, yo no lo soy ménos. Tú cambiaste de nombre para buscarte la vida, y yo sigo tu ejemplo. Con una diferencia: que tú te contentas con tomar mi apellido, y yo, que tengo miras más altas, me apodero del de mi amo. Mas dejemos tan necia disputa, y vamos á lo que nos importa.

Ya en este punto de la conversacion sentáronse mano á mano los dos primos, y el falso Morgan continuó del modo siguiente:

Antes que todo, te diré que si pudiste imaginar algo de siniestro al verme representando el papel de mi amo, depongas tus aprensiones y te tranquilices completamente. No quiero decir que en ello no haya misterio, que ya no lo sería para tí, de haber yo sabido que estabas en Florencia. Justamente eres tú el hombre que necesito.

— ¡Yo! dijo John con desconfianza.

— No tengas cuidado: no hay riesgo ninguno, y sí mucho provecho. Pero ¿cómo, en el tiempo que llevo en esta ciudad, no te he visto hasta anoche, y del modo que sabes?

— ¿Cómo me habias de ver, si no hace más que ocho dias que vine de Liorna, y cuatro que sirvo al ministro?

— Pues bien, áun llegas oportunamente. Oyeme, y que mis palabras caigan en tu pecho como en un abismo.

Del sigilo que hoy se guarde depende el éxito de mi empresa. Proponiéndose mi amo tornar á Europa por su salud, me echó por delante con su equipaje. En Alejandría lo expedí para Lóndres, y libre y desembarazado pasé á Bríndis, con objeto de hacer el viaje más cómoda y agradablemente por Italia y por Francia. Viéndome solo, de nadie conocido y con dinero, — pues alguno he ahorrado en la India, — por pura vanidad, y sin creer que esto pudiera tener consecuencias, empecé á fingirme el capitán Morgan, á lo cual me ayudó grandemente el usar en mi vestido algunas prendas militares de mi amo. Quiso la casualidad que de Ancona á Florencia me hallase solo en un wagon con el príncipe Cantelmini, que al saber el nombre que llevaba, se deshizo en finezas conmigo, ponderándome su amistad con los Morgan, de los cuales, por fortuna, no conocía al que yo me había propuesto representar. Y no pararon en palabras corteses sus extremos y atenciones, sino que se empeñó en que me detuviese en Florencia y viniera á vivir á su casa. Cedí á sus instancias; aquí me presentó á sus amigos, y á mi pesar estoy haciendo el héroe por fuerza. Sin embargo, y esto es lo grave del caso y donde reside el verdadero misterio, no todos en esta casa me creen el capitán Morgan. La prima del Príncipe, solterona rica y ciega de amor por mí, está en el secreto de todo y sabe que yo soy, no un criado, que tal no le he dicho, pero sí empleado de Mister Morgan.

— ¿Quién? ¿doña Francesca? dijo John con asombro.

— La misma. Pero aunque está decidida á atropellar por todo y á casarse conmigo, hemos convenido en que

por ahora siga el engaño, ya que nos proporciona la ventaja de vivir juntos, y tambien por el escándalo que sería que se descubriese de pronto mi verdadero nombre y estado. Dentro de poco me marcharé á Francia; ella no tardará en ir á juntarse conmigo, y se efectuará nuestro enlace. Su primo le dirá que es una loca y que se olvide de él para siempre, lo cual no la pondrá más delgada. La sociedad florentina sabrá la burla y comentará el suceso, y yo, entre tanto, seré rico; independiente y viviré como un gran señor.

La falaz relacion no estaba mal urdida, y áun habia en ella algo de verdad, si bien mucho más de mentira; pero el humilde y flemático John no podia concebir que un igual suyo, de su propia calaña y de la misma sangre, hubiese encendido la pasion que su primo decia, en el pecho de una señora tan principal como doña Francesca. Asi, arqueando las cejas y haciendo un gesto de incredulidad, le dijo:

— Eso de los amores necesitaria verlo para creerlo.

El Capitan — que tal le seguiremos llamando — se quedó algo desconcertado con aquella salida. Su invencion no habia surtido efecto. Y comprendiendo el peligro á que se exponia si no lograba avasallar el ánimo y apoderarse de la voluntad de aquel hombre, vil y despreciable á sus ojos, pero que con una palabra podia perderlo, estaba perplejo sobre qué partido tomar. Además, se hacía tarde y no era ya posible prolongar la entrevista. En esto oyó la voz de doña Francesca, que hablaba á un criado en la próxima galeria, y se figuró que venia á su cuarto. Una idea satánica nació de pronto en

su mente, y levantándose con gran apresuramiento, — Entra ahí, — le dijo al primo, señalándole una puerta que daba á su gabinete de tocador; — ella viene. Entra, y quédate sin respirar siquiera, detras de la cortina, hasta que yo te avise.

En seguida describió el pasador de la puerta principal del aposento y se sentó al bufete haciendo como que escribía. No se habia equivocado. Doña Francesca se presentó familiarmente en la estancia. El Capitan, dejando sus papeles, se fué á ella, y cogiéndole afectuosamente las manos, le dijo:

— ¿Cómo estais, amiga mia? ¿Habeis pasado bien la noche?

— Bien, porque no he hecho más que pensar en vos. Soy tan feliz desde que sé que me amais. ¿Y vos, Capitan?

— No me llameis así. Ya sabeis que lo de Capitan es para los demas, y que para vos no soy más que Ricardo.

— Es verdad, dijo la inocente doña Francesca. Ricardo, así os llamaré siempre... cuando estemos solos. ¿Y qué vais á hacer?

— Ahora escribir dos ó tres cartas que me urgen bastante. He dicho que no recibo. Despues saldré á dar una vuelta por los *Cascine* (1) con vuestro primo.

— ¿Lo habeis visto?

— Aquí estuvo un momento ántes de marcharse á no sé qué junta, y me dijo que volveria á las cuatro á buscarme.

(1) El paseo de Florencia.

— Pues entónces os deajo para que tengáis tiempo de todo. Yo iré tambien á paseo sólo... por veros.

— ¿Y os vais así? le dijo el Capitan estrechándole la mano.

Ella, entónces, mirándole tiernamente, bajó la cabeza y dejó que le diese un beso en la frente, escabulléndose en seguida con modos de jovencilla ruborizada.

No bien desapareció ; el Capitan separó la cortina de la puerta, donde John estaba como verdadera estatua, y cogiéndolo por la casaca lo sacó afuera y le dijo:

— ¿Y ahora, imbécil?

— Ahora, contestó John, digo que eres el hombre más extraordinario que he conocido en mi vida.

— ¿Y estás dispuesto á ayudarme?

— ¿Qué puedo yo en ese asunto?

— Puedes... descubrirme y perderme. Pero en ese caso, á mi vez me haría delator, y sacando á relucir lo de Palermo y lo del cambio de nombre, te hundiria para siempre. Puedes... serme fiel, guardar el más profundo secreto de lo que has visto y oido, dejar correr la bola, y estar á la mira en casa de tus amos para avisarme de cuanto me pueda interesar.

— Si es eso todo lo que exiges, cuenta conmigo.

— Nada más: y en pago te daré más libras esterlinas de un golpe, que puedes ganar en diez años.

John estaba vencido.

Ya seguro de él,— toma, le dijo el Capitan, alargándole un papel, mi verdadero pasaporte, y sácame del correo cartas que para mí debe haber allí detenidas.

Por ellas tendré noticias de mi amo, y sabré, á punto

fijo, á qué atenerme respecto de su viaje á Europa. Entre tanto guárdate esa bolsa de tabaco y esa pipa que he traído de Calcuta, y además esta libra esterlina para que eches un trago á mi salud, mientras llega el momento en que celebremos juntos nuestra buena suerte. Pero despáchate: oigo pasos; álguien viene.

John guardó precipitadamente el pasaporte y la pipa y la bolsa de tabaco, — la moneda de oro ya se la había echado en el bolsillo, — y estrechando la mano del Capitán, que le volvió á recomendar el más escrupuloso secreto, se retiró de la estancia lleno de satisfacción por los agasajos recibidos y las esperanzas dadas, y admirado con la astucia y talento de su maleante primo.

—Me ha hecho sudar el maldito, murmuró el Capitán al verse solo; pero al fin tragó el anzuelo. Ya es mio. Nada tengo que temer... Adelante.



---

V.

EL CORSO.

Seguia nuestro protagonista brillando sin rival en los salones florentinos. Faltábale tiempo para asistir á tanto sarao, á tanto baile, á tanto banquete como era convidado. No habia funcion lucida sin el capitán Morgan. En los cotillones, á pesar de la escasa flexibilidad de una de sus piernas, por la famosa herida, las más bellas bailarinas lo buscaban y se lo disputaban. Los elogios de su pariente Cantelmini, el aprecio de su ministro y las distinciones y obsequios de las más altas damas le habian formado como un fantástico pedestal, en que todos veian espléndidos bajo-relieves, ya relativos á su estirpe generosa, ya á su riqueza, ya á su heroica bravura en los combates: ¡ tan escaso fundamento tiene el imperio de la moda, y con tanta facilidad se alucinan las gentes!

Pero cuando se pudo apreciar todo el prestigio, por no decir popularidad, de que el Capitan gozaba, fué en el *corso* el primer dia de Carnaval.

Por poco familiarizados que se hallen mis lectores con la lengua del Tasso, saben, sin duda, lo que significa la palabra *corso* en su acepcion literal, y tampoco



ignoran que, tomada en más amplio sentido, se aplica por los italianos á la bulliciosa fiesta que resulta del paseo de coches y máscaras por la carrera designada al objeto en los dias de asueto y de locura que á la Cuaresma preceden.

Lo que es más difícil que comprendan, como no lo hayan presenciado, es el carácter peculiar de esa diversion puramente italiana, y la indescriptible fisonomía de Roma, Florencia ó Milan en un dia de *corso*. Inútil sería que buscásemos algo parecido en los demas pueblos de Europa, sin exceptuar á Madrid, tan gaitero y alegre en carnestolendas. ¿Qué tienen, por ejemplo, que ver con el *corso* nuestras callejeras, mascaradas y plebeyas estudiantinas? ¿O cómo compararle nuestro brillante paseo del Prado y la Castellana, donde, fuera de la gran animacion que naturalmente producen los muchos coches y la mucha gente, lo chistoso, lo picante, lo que pudiéramos llamar carnavalesco, está reducido á que unos cuantos jóvenes se presenten con estrafalarios disfraces, y encaramándose en los carruajes de sus amigas ó conocidas, entablen con ellas más ó menos oportunos discreteos?

El *corso* no es nada de esto, y mucho ménos se asemeja á la procesion del *buey gordo* en París, ni á las báquicas comparsas que por los arrabales de aquella gran ciudad suelen verse en tales dias.

Pero basta de lo que no es, y pasemos á explicar en lo que consiste. No pecaremos, sin embargo, de prolijos, pues lo que nos importa no es tanto la fiesta en sí, como encontrarnos en ella con los personajes de nuestra historia.

Todas las principales calles de Florencia, desde los *Caccine* hasta la plaza de *Santa Croce*, como si dijéramos de un extremo á otro de la ciudad, están vistosamente engalanadas. Segun la importancia de los edificios ó la magnificencia de sus dueños, en unas partes tapices, terciopelo ó seda; en otras, brillantes zarazas, pintadas percalinas, formando la diversidad de telas y colores el más vário y pintoresco conjunto. De trecho en trecho se alzan mástiles venecianos, ostentando blasones y trofeos, dando al viento flámulas y gallardetes. Un inmenso alborozado gentío, que con movilidad meridional grita, rie y gesticula, bullé en las aceras, llena los portales, se apiña en las ventanas, cubre balcones y azoteas. ¿Qué lo tiene así tan contento y regocijado? Dos interminables filas de coches de todas clases y formas, desde las carrozas Reales y las no ménos espléndidas de los magnates, hasta el popular *barrocino* y la plebeya *carrocella*, que siguen al paso la carrera de antemano fijada por el *Sindaco* ó primer Alcalde. De vez en cuando atrae más particularmente su atencion, redoblando el gozo, algun carro alegórico ó puramente caprichoso y burlesco. Ya aparece en medio de su córte algun dios de la mitología; ya una gran jaula de traviesos monos, sobre la cual se lee este letrero de circunstancias: *I vostri avi* (vuestros progenitores); ora se presenta dorada nave con tripulacion de antiguos helenos; ora un simple *calleso* napolitano, en que disputan y contienden, con cómicos aspavientos y descompuestas contorsiones, Pulcinella, Stenterello, Arlecchino y Gianduja; ora, en fin, cualquiera otra farsa ó invencion por el estilo.

Cuando llega uno de estos fantásticos carruajes,— únicos que, fuera de las carrozas de los príncipes, tienen derecho á pasar entre las filas,— lo acoge una salva de aplausos, no sin mezcla de puyas y *laxxi*, y suelen trabarse chistosos diálogos y aún reñidas escaramuzas entre los que van dentro y los que están fuera.

Pero lo verdaderamente curioso y extraordinario de la fiesta no es la suntuosidad y aparato de tan vistosas máquinan, ni la propiedad y riqueza de los disfraces, que pocas personas revisten; lo que le da especial colorido y singularísimo carácter, y hace del *corso* un espectáculo *sui generis*, es que todos los que á él asisten son á la vez espectadores y actores, y que parecen poseidos de frenético júbilo, como si de ellos se apoderase el diablo de la alegría.

La tarde avanza y el *corso* se convierte en revuelto campo de combate. No hay plaza, no hay calle en que no se rompa el fuego y empeñe alguna acción. Unos y otros con loco ardimiento se hostilizan y tirotean; pero los cartuchos son de confites, las balas son almendras, las bombas y granadas, ramilletes de flores. Aquí se enciende la lid entre dos coches: los justadores están de pié; con la mano izquierda se sujetan la careta de alambre (1) que les protege el rostro, con la otra cogen municiones apresuradamente, que se arrojan con furia de energúmenos. Allí se traba la pelea entre una carretela

---

(1) Las personas que van al *corso* suelen llevar una careta de alambre en la mano, con que se guardan la faz en caso necesario.

y un balcon, y es de ver cómo suben y bajan los proyectiles.

A todo esto, la calle se inunda de dulces y flores, y los pilluelos se precipitan entre los coches y á los piés de los caballos para recoger los despojos de la contienda. El estruendo ensordece el espacio; el alborozo raya en delirio.

Al extraordinario cuadro que acabamos de bosquejar, póngasele por fondo los palacios florentinos el *Duomo*, el *Campanile*, la *Torre de la Signoria*, todo bajo un cielo azul y sereno, iluminado con el sol de Italia, y se tendrá una pálida idea de lo que es el *corso*.

En el momento de más brillo y animacion se presentó en la *via de Tornabuoni*, viniendo del *Lungarno* (1), en un ligero carruaje de cuatro asientos, el galante y rumbo-boso Capitan. Acompañábanle tres apuestos jóvenes de las más elevadas familias, y seguiale un lujoso carro, tirado por dos caballos con caprichosos jaeces de vistosas guirnaldas. La caja de este vehículo estaba dividida en dos secciones; una, repleta de cartuchos y cajas de dulces, algunas muy primorosas y de gran precio; la otra, atestada de ramilletes de todos tamaños. Un criado guardaba desde dentro lo que podríamos llamar parque de municiones; otro se ocupaba en aprontar al Capitan y sus compañeros lo que del carro le pedian.

Como el Capitan entrase en la *via de Tornabuoni*, desde luégo se distinguió su coche por la lluvia de flores y

---

(1) La *via de Tornabuoni*, una de las calles más céntricas de Florencia, desemboca por uno de sus extremos en el *Lungarno*, magnífica vía entre hermosos palacios y el malecon del rio.

menuda grajea que de los balcones aristocráticos, por blancas manos arrojadas, sobre él caían. Lo cual no quita que alguna vez, sin saberse de dónde, llegasen también, con desusada violencia, dulces secos y hasta almendras figuradas con yeso, que, á no ser por las caretas de alambre y los sombreros, hubieran podido aguar la fiesta al Capitan y sus camaradas.

Él y ellos por su parte, sólo como obsequio, y no en son de pelea, echaban las provisiones de su precioso cargamento á las personas de su amistad, conforme con ellas se iban cruzando.

Llegó el coche del Capitan á un punto de la calle donde se eleva un antiguo palacio, y la fortuna, que no se habia aún cansado de favorecerlo, hizo que, por entorpecimiento de la fila, tuviese que parar allí algunos minutos. Los grandes y voladizos balcones del edificio estaban ocupados por elegante concurso de damas y caballeros, toda gente de suposición y de viso. En el de enmedio, del que pendía una magnífica colgadura de terciopelo amaranto con flecos de oro, se hallaban la princesa Etelvina y su gentil Irene, la cual, con sus rubios cabellos, su nevada tez y sus ojos azules, hubiera dejado atrás á Orfelía, á Margarita, y aún á la misma Freya de los escandinavos. El Capitan saludó respetuosamente á las egregias damas, y éstas le devolvieron el saludo, la madre con fria majestad, la hija con dulce expresion. En seguida, como señal de rendimiento y homenaje, el Capitan envió á las princesas una linda cesta dorada, llena de rosas y violetas, y una preciosa caja de confites. Las damas agradecieron el presente, y así lo demostraron

con signos de cabeza desde el balcon, y á su vez, para corresponder á la fineza, arrojaron al galan las flores que en la mano tenian; pero la princesa Irene, sin duda por la prisa que puso en la accion, soltó al mismo tiempo el pañuelo, el cual, como más ligero, se separó de sus compañeras, yendo éstas á caer dentro del coche y aquél fuera, cerca del estribo.

Un señor como de cuarenta y cinco años, algo obeso, con gafas y cierto atildamiento vestido, que habia desde la acera atentamente presenciado el lance, al ver caer el leve pañizuelo, corrió presuroso á recogerlo. En vano el Capitan y sus amigos hacian significativos ademanes para contener al entrometido, disponiéndose ellos mismos á apoderarse de la preciosa prenda, hasta que, viendo que se agachaba precipitadamente con ánimo de tomarles la vez, alargó el Capitan de pronto el brazo para impedirlo; mas aquí fué Troya, pues dándole en el sombrero, salió por los aires, llevándose enganchada una copiosa peluca de color naranjado, y quedando su misero dueño con la cabeza monda, como bola de balcon, entre las carcajadas y gritería del público, muy regocijado con tan cómica escena.

El desdichado paladin, lívido de furor y jurando venganza, desapareció entre la multitud, y el ténue cendal, manzana de la discordia, fué á manos del Capitan, que se habia apeado del coche. En aquel momento se le acercó el criado, á quien poco ántes encomendára los presentes para las princesas, y diciéndole unas palabras al oido, le devolvió, sin que nadie lo viese, un billetito que no habia podido entregar. Sin más, el Capitan subió él mis-

mo á dar el pañuelo á su dueño, y con aire de triunfo tornó á su carruaje, el cual, deshecho ya el impedimento de la fila, prosiguió su interrumpida marcha.

Como no hay cielo sin nubes ni rosa sin espinas, tampoco fué completa la dicha del engreido Capitan aquella tarde. Entretenido con sus alardes de vana galantería y con la aventura del pañuelo, no habia notado que treinta ó cuarenta pasos más allá, en un balcon, al opuesto lado del de las princesas, la suspicaz doña Francesca le habia estado espiando, presa de rabiosos celos.

—¿Cómo diablos está aquí, cuando me dijo que se quedaria en su balcon de la calle del *Procónsulo*? se preguntó á sí propio el Capitan, muy sorprendido y disgustado al descubrirla. Miróla fijamente, y en su mal talante y encendido color leyó en seguida cuanto habia sucedido. Doña Francesca tenía prohibido que obsequiase particularmente á la princesa Irene, ó hiciese en su honor marcadas exterioridades; y no fiándose de la palabra de su galan, se fué á casa de una amiga, desde donde pudo confirmar sus sospechas, viendo al descuidado pasarse de rendido con su rival.

En vano trató el falso amante de conjurar el nublado con halagüeñas demostraciones. Al pasar por debajo del balcon de su airada amiga, lo cubrió materialmente de dulces y flores; pero todo fué inútil para calmar su razon y disipar su enojo.

A poco el coche del Capitan se perdió de vista, y la tarde espiró sin más incidente que tenga relacion con nuestra historia.

---

---

---

## VI.

### POST NUBILA.

Algo cabizbajo y mohino regresó el Capitan al palacio Cantelmini.

Apénas habia tenido tiempo para cambiar su vestido de mañana por el negro pantalon y el frac de rigor, cuando vinieron á avisarle que se iba á servir la comida. Pasó á la sala, donde el Príncipe y tres ó cuatro amigos de confianza estaban reunidos, y un instante despues se presentó un criado á decir que doña Francesca se excusaba de asistir á la mesa por hallarse algo indispueta.

—Ya se ve, dijo el Príncipe con cierta sorna dirigiéndose á sus convidados, mi prima, á su edad, se va por ahí, como una muchacha de quince abriles, á tomar parte en esos jaleos de Carnaval. Si hiciera como yo, que he visto tranquilamente desde mi balcon las máscaras y los coches. Pero hay naturalezas que no se dan nunca por vencidas. Estas palabras parecian dichas con intencion; mas el Capitan las oyó con indiferencia, no dándose ni remotamente por aludido.

Entraron en el comedor y se sentaron á la mesa con excelente apetito, ensalzando todos la habilidad del co-



cinero del Príncipe y encomiando los deliciosos vinos.

Por supuesto se habló de la fiesta del día, y el Capitán tuvo principalmente que hacer el gasto, contando con sus pelos y señales la escena del pañuelo y de la peluca por los aires, con lo cual se holgaron en grande los convidados.

Concluida la relación, —Conozco al tal individuo, dijo uno de los asistentes : es la vanidad en persona, y miétras viva, ni olvidará ni perdonará la chistosa pasada que le habeis jugado.

—Pero ¿qué se proponia, preguntó otro, al disputar con tanto empeño el pañuelo de la Princesa?

—Nada, farolear, contestó el anterior; hacerse el obsequioso con tan principales damas; llamar su atención y hallar algun medio de introducirse en sus saraos. Todo su afán es la aristocracia.

—Pues el chasco de hoy, repuso un tercero, debe haberlo curado de tal manía.

—A propósito de saraos, dijo el Príncipe dirigiéndose al Capitán, ¿persistís en la idea de dar el vuestro?

—¿Qué quereis qué haga? De algun modo he de manifestar mi agradecimiento á la sociedad florentina. ¡Le debo tantos favores!

—Cierto que no podeis quejaros; pero os vais á meter en árdua empresa.

—Nada de eso. Aquí todo se lo encuentra uno hecho: locales dispuestos que se alquilan, música, flores, todo lo halla uno con facilidad.

—¿Y en qué local habeis pensado? preguntó uno de los comensales.

—En los salones del establecimiento de Donney : son bastante lujosos y el sitio muy céntrico.

—Son magníficos; pero buen dinero os costará el alquiler.

—No gran cosa, contestó el Capitan encogiéndose de hombros.

—¡Ni un *rajah* de la India se comportaría de otro modo! dijo el Príncipe en tono de broma. Se ve, Ricardo, que venís del país de los esplendores.

Acabó la comida, se tomó el café, se fumó; y cuando el Príncipe y sus amigos se sentaron alrededor de una mesa de juego á echar una partida de *Whist*, el Capitan se retiró so pretexto de que estaba cansado.

Al dejar la sala, se dirigió á la habitacion de doña Francesca, y dió dos golpecitos en la puerta de su gabinete. Salió la doncella, y el Capitan le dijo que iba solamente á informarse de la salud de su señora.

—Está ligeramente indispuesta, respondió la criada; con todo, si el señor Capitan quiere... Y sin acabar la frase desapareció, dejando la puerta entornada. Un momento despues volvió la muy ladina á decir al galan, de parte de su ama, que podia pasar adelante, si tal fuese su deseo.

El Capitan atravesó el gabinete, y un tanto receloso, entró en el aposento de su airada amiga, la cual, envuelta en una bata de muselina blanca y lazos encarnados, yacía recostada sobre un sofá con estudiado abandono. Su anublada faz revelaba la inquietud de su pecho, y con la cavilosa frente apoyada en la diestra, ni se dignó levantar los ojos al entrar el pérfido amante. Éste,

al verla, se quedó suspenso y esperando que ella le hablase; mas como no lo hacía, impaciente por disipar su enojo, se acercó á la dama y con tono melífluo le dijo :

—¿Qué teneis? ¿Estais mala? ¿Os incomodo acaso?

—Capitan, basta de fingimientos. No soy ninguna niña á quien con dulces y flores se alucina y engaña, ni pueden falacias y morisquetas hacerme creer que lo blanco es negro y lo negro blanco. Tengo poco amor propio, no tan poco, sin embargo, que me preste á ser pantalla de vuestros galanteos. Buscad, pues, otro ardid si no quereis que la madre recele que tratais de cortejarle á la hija, la cual, despues de todo, nunca será vuestra. No os forjeis ilusiones, Capitan: mucho valeis sin duda; pero la Princesa está ya destinada á un magnate aleman, primo suyo, y aunque llegaseis á enamorarla, como su casamiento es cosa resuelta y ya no puede volverse atras, ni la madre lo consentiria, sólo sacariais ambos de esos amores desdichas y amarguras. ¿Lo juzgais de otro modo? pues seguid vuestro impulso; mas no vengais á alucinarme con falsos halagos. ¡Tonta de mí, que escuché vuestras amantes protestas! ¿Por qué jugar así con mi pobre corazon? ¡Dios mio; dame fuerzas para sufrir!... Capitan, todo acabó entre nosotros. Y así diciendo, rompió en gemidos y sollozos.

—Francesca, un poco de reflexion, y vos misma os convenceréis de lo vano de vuestras sospechas, de lo injusto de vuestras palabras. ¿Tan pobre idea teneis de mí, que me juzgais capaz de tanta bastardía? Si no os amára, ¿qué fin podria llevarme en engañaros? Decís que os hago servir de pantalla. ¿Quién sabe nuestros amores?

—No negaréis que me disteis palabra de no singularizaros con la Princesa y.....

— Si lo decís por lo del pañuelo, ¿qué culpa tuve de aquel accidente puramente casual? Y en lo demás, ¿en qué me singularicé, por vida mia? Yo no iba solo en el coche. A todas las señoras rendíamos iguales obsequios; no era cosa de hacer una odiosa excepcion con la princesa Irene. ¡Qué se hubiera dicho! Pensadlo bien, y veréis que vuestro disgusto es mera ofuscacion. Desechad tan fútiles aprensiones; no empañe más el llanto esos luceros, donde brilla mi felicidad. Vamos, no seais así. Y cogiéndole la mano, y cayendo de rodillas cerca del canapé, se la llevó con vehemencia á los labios.

La incauta Doña Francesca creia triunfar; y juzgando propicia la ocasion, y por aquello de que el hierro debe machacarse en caliente, se fué desde luégo á la verdadera causa de sus afanes; pues lo de los celos de aquella tarde, bien mirado, sólo habia sido la gota que hace rebosar el vaso, y más que motivo serio de la explosion que hemos visto, un pretexto de que se habia valido, tal vez sin pensarlo ella misma, para desahogar el oprimido pecho. Así, aunque ya secas las lágrimas, dijo con gran emocion:

—¡ Ah! si fuera verdad que me amaseis como decís, muy distinto sería vuestro proceder. Aun suponiendo que vuestra inclinacion á la Princesa sea aprension mia, ¿qué pruebas me habeis dado hasta ahora de vuestro cariño? Yo, pobre de mí, os rendí mi alma; y vos, Ricardo, ¿cómo pagais mi ternura? Si no considerais:

nuestros amores como frívolo pasatiempo, ¿por qué, cuando os hablo de unirnos para siempre, os haceis el desentendido, ó dais otro giro á la conversacion? Una de dos : ó no soy digna de llevar vuestro nombre, ó vuestro corazon ya tiene dueño.

Después de estas palabras, doña Francesca se quedó un momento silenciosa, fijos los ojos en el Capitan; mas viéndole perplejo y que no contestaba, con ansiosa impaciencia exclamó :

— ¡ Ah! ¿ No respondeis ?

— Por piedad, Francesca... ¿ Qué más podria desear que daros su nombre quien es ya vuestro esclavo y rendido amante? Pero ¿ cómo eludir ciertos compromisos de familia? No ignorais los tratos entre mi hermano mayor y el conde de Morton para que me case con su sobrina.

— Ciertamente no los ignoro; pero sé tambien que no os habeis visto nunca, y que á ambos se os reserva el derecho de volveros atras, dependiendo todo de que al conoceros, ratifiqueis ó no el convenio.

— Pues bien...

El Capitan pareció vacilar un punto al ir á resolverse; pero ántes que concluyese la frase, le salió al paso doña Francesca.

— ¿ Seréis mi esposo ?

— Sí, Francesca, seré tuyo, respondió el Capitan con el tono y ademan de un hombre que rompe por todo.

— Jurádmelo, jurádmelo por lo que haya para vos de más sagrado en el mundo, por vuestro honor, por la memoria de vuestro padre, el noble sir Edward; cuya alma nos contempla y bendice desde el cielo.

A estas palabras, con gran énfasis y calor pronunciadas, contestó el muy taimado en tono solemne :

— Lo juro por el alma de sir Edward Morgan, mi padre, cuya memoria venero como buen hijo.

Doña Francesca, ébria de gozo, se lanzó al cuello del Capitan, y le cubrió el rostro de besos y de lágrimas. En aquel momento se oyó la voz del Príncipe, que, abriendo la puerta del inmediato gabinete, gritaba con cierto dejillo zumbon : — Prima, ¿te has aliviado? ¿Permites que entre á darte las buenas noches?



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

## VII.

### LA TRATTORIA.

Dejemos por el momento el palacio Cantelmini; y si nuestra amable lectora puede resistir la nauseabunda atmósfera de una sala, aunque grande, no alta de techo y con la puerta de cristales cerrada, donde unas veinte ó treinta personas de humilde condicion comen y beben en torno de diferentes mesas, y donde el olor de los alcoholes y el vaho de los guisos se mezclan y confunden con el tufo de los quinqués y la humareda de las pipas, penetre con nosotros en el vasto figon que lleva por nombre el que sirve de título á estos renglones. Allí se encontrará con un personaje que ya le es conocido, y con otro que le importa conocer; y verá, sobre todo, cuán poderoso reactivo es el *Marsala* para sacar á la superficie de los labios lo que con mayor sigilo y recato se guarda en el corazon.

Ánimo, pues, y provistos en todo caso de un pomillo de sales, penetremos de una vez en la Trattoria.

Pasemos entre algunas mesas ocupadas por gente de pueblo, y adelantémonos hasta la mitad del local, donde, á uno y otro lado, se elevan dos gruesos pilares que sos-

tienen el techo; y girando en torno de uno de ellos, descubriémos de pronto al iluso John, el lacayo de la legacion británica, gravemente sentado á una mesa, y en sabroso coloquio con una botella de Marsala.

Un gaban ordinario de paño gris ha sustituido á la galoneada librea, y á la empolvada peluca el sombrero negro en forma de medio huevo; pero las rubias patillas, con esmero peinadas, las tiesas y almidonadas tirillas y la corbata blanca con dorado alfiler claramente indican al criado inglés de casa aristocrática, libre de servicio á aquellas horas, y entregado á su manera á un rato de solaz y esparcimiento.

En efecto, que John, aunque solo, se divertia, de más lo daban á entender su gozoso y coloreado semblante. Humeaba en su mano izquierda una elegante pipa, que voluptuosamente se llevaba á los labios, cuando no los ocupaba con el vaso que en la diestra tenía. Al lado de la botella yacía abierta una bolsa oriental de sedas de colores é hilillo de oro, de la cual rebosaba aromático y rubio tabaco. ¿Quién, al contemplarlo en aquella actitud, no lo creeria el más dichoso de los mortales? Con todo, sus ojos, fijos á veces, aunque sin atencion á nada de lo que le rodeaba, como si el fenómeno óptico se realizase en diverso sentido y estuviesen ocupados en internas contemplaciones, y los inarticulados sonos que de cuando en cuando se escapaban de su entreabierta boca, parecian demostrar que no era la satisfaccion de fumar y beber solamente lo que tanta fruicion le causaba. Su pensamiento iba, sin duda, mucho más allá de aquel estrecho recinto, y muy risueñas imágenes debian



revolotear por su fantasía. Era la disposición de su ánimo, por efecto tal vez del tabaco oriental que estaba consumiendo, análoga ó semejante á la que en los árabes causa el *aschis*, con la diferencia, no obstante, de que en la excitada mente de John es probable que las huiries del Paraíso tomasen la forma de libras esterlinas, y que en lugar de espaciarse en poéticos jardines con aves canoras y cristalinas fuentes, se figurase trasportado cerca de su aldea, á un campo de patatas y zanahorias en flor, contemplando desde allí su rolliza vaca; sus cerdos, sus gallinas errar por los contornos del pequeño, pero alegre caserío; donde lo aguardan sendos jarros de *porter* y de cerveza, y una apetitosa aldeana que con él comparte el escaso trabajo y la mucha felicidad.

En esta especie de beato ensueño se hallaba, cuando una persona pasó á su lado, buscando mesa desocupada; y al repararlo, se dirigió á él en estos términos:

— ¡Olá, John! me alegro de verte: aquí mismo me voy á acomodar; así, mientras tomo un bocado, me desahogaré contándote mis cuitas.

El que de este modo hablaba era un tipo enteramente distinto de nuestro inglés; pequeño de estatura, vivos ojos negros y cierta malicia en la fisonomía.

John, como si despertase de un sueño, miró con asombrada faz al recién venido; mas al reconocerlo, le tendió amistosamente la mano.

— Tú por aquí, Zósimo: tú holgando á estas horas. Todavía llegas á tiempo, toma. Y echando en el vaso lo que de la botella quedaba, que no era mucho, lo alargó á su amigo, el cual, sin hacerse de rogar, lo apuró de un trago.

— Bien lo necesitaba: esto me conforta, despues de la mala tarde que he pasado.

— Pues ¿qué te ha sucedido?

— ¿Qué? Que mi amo, sin consideracion alguna, ¡así son todos! me ha plantado en la calle, y que me tienes á estas horas sin hogar donde recogerme y con la barriga vacía como cañon de órgano. Pero aguarda á que me traigan de comer, pues si no cobro alientos, nada te podrá contar mi desmayada lengua.

Dió Zósimo entónces dos golpes en la mesa, y al mozo que acudió pidióle alguna vianda y una ampolla de vino comun, lo cual, siéndole pronto servido,

— Sí, amigo mio, continuó, — alternando los bocados con las palabras, — en mala hora nació y en peor se le ocurrió á don Marcelo ir al corso, que Dios confunda... P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

John (que para escuchar mejor se habia hecho traer una nueva botella de Marsala), tornando á los devaneos de su ilusoria prosperidad, ante el contratiempo del amigo, con el juicio ya algo turbado y la lengua entorpecida, le interrumpió diciéndole:

— No te apures: te llevaré á mi casa y entrarás á mi servicio.

— No estoy para burlas, John: no me cortes el hilo, si quieres oir mis desgracias. Como te decia, don Marcelo, muy emperejilado y compuesto, se fué al *corso*; y estando en la *vía de Tornabuoni*, por quitame allá esas pajas se mete en una disputa con un paisano tuyo, el capitan Morgan, un señor que tú habrás visto en casa de tu amo; de las palabras se van á los puños, el som-

brero de don Marcelo sale rodando, y, esto es lo más grave, su azafranada peluca. Figúrate tú... ¡él, que tenía toda su vanidad en la cabellera!

— ¡Que si conozco al capitán Morgan! murmuró John, como hablando consigo.

— Pues bien, prosiguió Zósimo, es el caso que, hecho un basilisco, se vuelve á casa jurando vengarse. Pregunta por mí, y aumenta su rabia al saber que también me he ido de bureo. Apenas llego, me enteran de lo acontecido y me presento á mi amo; pero él, sin dejarme decir una palabra siquiera, descarga en mí la cólera que le ahoga y me pone en la calle sin más rodeos.

— Me alegro.

— ¿De qué? preguntó vivamente Zósimo. ¿De que me haya despedido?

— Hombre, no: de que mi primo lo acogotase.

— ¿Qué diablos tiene que ver ningún primo tuyo con el lance que te cuento? Pero ¡tonto yo! que te estoy hablando seriamente, sin reparar que el *Marsala* te va trastornando el caletre.

— Quiero decir, repuso John, como advertido por el último destello de razón que le quedaba, el capitán Morgan; para el caso es lo mismo.

— Afortunadamente para el inglés está protegido por su ministro, y, además, él es hombre de armas tomar; si no... Conozco bien á don Marcelo, y seguramente no parará mientras no le juegue alguna mala pasada.

— ¿A quién? ¿á mi primo? exclamó John, ya sin conciencia de lo que decía. Que se ande con tiento. Nun-

ca se me olvidará una paliza que me arrimó siendo muchacho un día que salíamos de la escuela. ¡Ah! el señor Capitan tiene unos puños...

— No disparates. ¿Cuándo estuviste con el Capitan en ninguna escuela, ni cuándo tú, un miserable criado, fuiste primo de señor tan principal?

— Tú sí que no sabes lo que te pescas, replicó John, excitado por la contradicción y ya sin asomo de juicio; ¿ves esta pipa? Él me la dió. ¿Ves esa bolsa?... — Zósimo la tomó en la mano y no pudo ménos de admirarla, extrañando que tal prenda se hallase en poder de un lacayo. — Tambien es presente suyo, y para mí la trajo de la India.

— Esa bolsa la habrás cogido de casa de tus amos.

John, que con la embriaguez se habia vuelto quisquilloso y susceptible, contestó irritado y apretando los puños: Biblioteca Nacional de la Biblioteca y Generalife

— El ladrón lo serás tú. CONSEJERÍA DE CULTURA

Zósimo, que comprendió que se iba á armar un escándalo, trató de apaciguar al amigo llevándole la corriente. JUNTA DE ANDALUCÍA

— ¿No ves, le dijo, que hablé de bromá? Ya sabía yo que el Capitan era tu primo, y además hombre muy dáddivoso. Pero explícame cómo, siendo él una persona tan adinerada y de tanto fuste, eres tú un lacayo; porque yo, si tuviera tales parientes, otro gallo me cantára.

— Eso consiste, respondió John, sin poder coordinar sus confusos pensamientos, en que es y no es el Capitan. Cuando el otro venga, mi primo se habrá ya casado y me dará de un golpe más libras esterlinas que puedo

ganar en diez años. Ahora, chiton. Ya verás, ya verás la vida que nos vamos á pasar.

Aunque los objetos que John le habia mostrado fuesen demasiado lujosos para un pobre sirviente, Zósimo creyó desvarios de la embriaguez cuanto su amigo le dijera. Y viendo que era imposible seguir con él una conversacion formal, concluida ya su modesta cena, llamó al mozo para pagarle.

— Nada de eso, le dijo John conteniéndole la mano que se llevaba al bolsillo. Ahora, gracias á Dios, no me falta dinero con que regalarme y quiero que participes de mi opulencia.

— No debo serte gravoso, objetó Zósimo.

— ¿Qué me importan á mí unas cuantas liras (1); á mí, que muy pronto he de contar por cientos las monedas de oro?

— Entónces, gracias, y adios. Me voy á buscar dónde pasar la noche.

— Vénte conmigo, le dijo John: yo estoy solo. Te daré un colchon de mi cama.

Los dos se levantaron, y Zósimo, aceptando tácitamente el ofrecimiento de su amigo, lo acompañó á su humilde tugurio. Por el camino iban ambos silenciosos: John, haciendo quiebros y dando traspiés, aunque apoyado en el brazo de su compañero; y éste, al par que lo auxiliaba, recapacitando sobre las estrambóticas frases que en la *Trattoria* le habia oido. Parecíánle desatinadas y absurdas, pero, dándole vueltas, acabó, sin em-

(1) Moneda italiana del valor del franco.

bargo, por decirse: — ¿Quién sabe si lo que á mí se me antoja puro disparate, encerrará algun sentido, y si el conocerlo podrá reportarme algun provecho? Y picada ya su curiosidad, se propuso, cuando John se despegase, interrogarle con maña, para averiguar la significacion; caso que alguna tuviera, de aquellas extrañas especies.

Al cabo de un cuarto de hora de andar, los dos amigos llegaron á una calle estrecha y mal alumbrada, y entrando en un sucio portal, á que daba luz un farolillo, subieron — John con bastante dificultad — por una mezuquina escalera que conducia á varios pisos; y ya en el último, Zósimo, tomando la llave de manos de su camarada, que no se hallaba en estado de aplicarla á la cerradura, abrió una puerta, que les dió acceso á la humilde habitacion que John tenía con el solo objeto de dormir en ella, pues el dia lo pasaba todo en casa de sus amos.

Zósimo se acomodó, como Dios le dió á entender, en un canapé derrengado; John se echó medio vestido en la cama, y á poco ambos se dieron á roncar, á cual más podia, en los dulces brazos de Morfeo.

Pasó la noche, y á la mañana siguiente, ya despiertos los dos, el inglés, libre de su turca, y deseoso el italiano de sondearlo, entablóse entre ellos el siguiente diálogo:

— En verdad, John amigo, que eres excelente camarada y nunca olvidaré tu franca hospitalidad y generoso proceder. No ya primo del Capitan, hermano juraria que eras al ver el rumbo con que te comportas.

— ¿Qué dices del Capitan? preguntó John sobresaltado.

Zósimo, cuya mirada indagadora habia estado fija en el semblante de su amigo al hablarle en los términos expuestos, comprendió que las extravagantes expresiones de John en la *Trattoria* encerraban algun enigma.

— Nada, le contestó; me referia á las noticias que tú mismo me has dado. A no ser por tí, ¿cómo habia yo de saber que estuviste en la escuela con el Capitan, ni que esa magnífica pipa y esa preciosa bolsa son regalos que te ha traído de la India, ni que en breve os vais á repartir mucho dinero?

John palideció y hasta quedó sin habla, poniéndose, por disimular, á revolver los trastos del aposento; mas reponiéndose presto exclamó:

— ¡Qué necesidad! ¡Cuántos disparates me hace decir el vino! ¿Qué tengo yo que ver con el Capitan ni con nada de eso que me cuentas? Si tales sandeces proferí, tenlas por no dichas.

— Eso no, que aunque tuviesen tus palabras tanto de verdad como yo de Gran Turco, fueron muy donosas ocurrencias las tuyas, y se las he de contar á los amigos, para que se arme broma y te rian la gracia.

El rostro de John se humectó de sudor frio. Espantado de las consecuencias de su indiscrecion, se esforzó en disuadir á Zósimo de su idea; pero como el muy taimado y sagaz se le escapaba siempre como una anguila de entre las manos, pensó al fin que lo mejor sería hacer del ladron fiel; y prometiéndole el oro y el moro si guardaba el secreto, le contó á su manera la falsa relacion

que dias ántes le habia hecho su primo, y que el italiano escuchó maravillado. Con lo cual, y el juramento de Zósimo de dejarse descuartizar ántes de decir á nadie una palabra, los dos amigos se separaron; John para ir á hacer su servicio á casa de sus amos, y Zósimo para dirigirse á la de D. Marcelo, por ver si lograba ablandarlo.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



---

## VIII.

### INCIDENTES VARIOS.

A los dos dias de los sucesos que acabamos de referir, el Capitan, solo y caviloso en su cuarto, se paseaba de un lado á otro, fumando en una pequeña pipa de ámbar y espuma de mar.

En medio de estas idas y venidas tocaron á la puerta, y un criado se presentó con una cartita en la mano. Apenas la cogió el Capitan adivinó su procedencia, y antes de abrirla preguntó si aguardaban respuesta. Contestando negativamente el criado, despidiólo el Capitan, y apresurándose á romper el sobre, en un plieguecillo de satinado papel, que exhalaba suavísimo olor, leyó lo que sigue :

« Amable Capitan : No bien llegué á casa me enteré del lisonjero billete que tan discretamente me disteis con el pañuelo.—Os mostrais triste y receloso de que yo no asista á vuestro baile. Desechad ese temor. Lo más probable es que vaya á él. Ya estoy bien de mi ligera indisposicion ; y si á la fiesta, aunque dadá por un soltero, concurre la gente selecta que me decís, ¿ qué inconveniente ha de tener mi madre en llevarme ? Es verdad que

se empeña en que el velar demasiado perjudica á mi salud ; pero yo le prometeré retirarme temprano, á la hora que ella quiera. En todo caso, venid en persona á convidarla. Agradecerá la atencion, y eso la obligará más. Por mi parte, prepararé el terreno.—¿Tan mal os va por aquí, que os marchais tan pronto? Esperemos que, al ménos, no será sin que se cumpla vuestro deseo de dar conmigo una vuelta de vals.—Gracias por los sentimientos que me expresais, y creedme siempre vuestra sincera amiga.—P. S. Esta carta, aunque escrita ayer, no ha podido ir hasta hoy. Rompedla no bien la leais.»

La epístola no tenía fecha ni firma.

Una amarga sonrisa contrajo los finos labios del Capitán, y abriendo una de las gavetas de su bufete, metió la carta entre las hojas de un libro manuscrito que allí tenía, diciendo para sí al mismo tiempo:—Si la vida es una comedia, hagamos de primer galan siquiera un dia.

En seguida pasó á la habitacion del Príncipe, que halló revolviendo papeles, y al parecer muy ocupado.

—¿Conque esta tarde, le dijo, os vais á Milan?

—¿Qué quereis? El hombre propone y Dios dispone. Ademas, ¿qué falta os hago? Ya sabeis mi manía á los bailes, y que en ellos para mí no hay más que un momento agradable: aquel en que los dejo. En cambio, añadió maliciosamente, Francesca me representará, y ésa de fijo no abandonará el salon hasta que los músicos no hayan echado las fundas á los violines.

—¿Y tan necesaria es vuestra presencia en Milan?

—Tan necesaria, que más no puede ser. Por una par-

te, miembro de la Junta directiva ; por otra, uno de los mayores accionistas del camino... El triunfo de nuestros adversarios costaria á la Sociedad muchos millones: No creí que el pleito se viese tan pronto; pero ya que es así, no debo faltar de mi puesto. Del fallo de la Suprema Corte de Milan depende la prosperidad ó la ruina de la Compañía. En todo caso, dentro de cinco ó seis dias estaré de regreso, y espero que no me vayais á jugar la mala pasada de marcharos á Inglaterra ántes de mi vuelta.

—¡ Ah! eso tenedlo por seguro.

Entró en esto el secretario del Príncipe con un legajito de billetes de Banco en la mano.

—Aquí teneis, señor, las veinte mil libras que me habeis pedido.

Y empezó á contarlas con escrupulosa formalidad sobre el bufete del Príncipe, mientras éste, sin poner en ello atención, continuaba conversando con el Capitan.

—¿ Y habeis hecho ya los convites ?

—Si no todos, la mayor parte.

—Sin duda vuestro baile estará muy animado. Nunca se divierten más las señoras que en fiestas dadas por solteros : como no hay ama de casa á quien hacer cumplidos, todas se creen que lo son y campan por su respeto.

El Príncipe notó que el secretario esperaba que le firmase un recibo, lo cual hecho, el dependiente inclinó la cabeza y se retiró del aposento.

—Lo que os aconsejo, continuó el Príncipe en tono de broma, que no le llameis baile de despedida, si no

quereis que la fiesta se convierta en un duelo. ¿A qué apesadumbrar así á vuestras amigas?

—No os apureis, que por mucha que sea la aficcion, no se aguará el Champagne con las lágrimas que se viertan.

En aquel momento se abrió la mampara que habia en una de las puertas del cuarto, y se presentó doña Francesca, vestida con elegante traje de calle. Su agradable rostro parecia más risueño que de costumbre, si bien dejando ver demasiado á las claras los afeites y cosméticos con que se empeñaba en convertir en flores de perpétua primavera lo que era ya más que sazonado fruto de avanzado otoño.

—Ricardo, dijo tendiéndole afectuosa y familiarmente la mano, ¿cómo os va desde ayer? ¿Habeis hecho ya el programa de lo que ha de tocar la orquesta? No quedan más que dos días.

Y haciéndose la muchacha atolondrada, que pasa de un punto á otro sin fijarse en ninguno, ántes que el Capitan tuviese tiempo de contestar, dirigiéndose al Príncipe, le preguntó:

—¿Y tú, primo, resueltamente te marchas hoy?

El Capitan, por lo que á él tocaba, respondió:

—El programa musical lo he dejado al gusto y experiencia del jefe de la orquesta. Creo que ya está hecho, y áun impreso.

El Príncipe á su vez pudo meter baza, pero no para responder á la ociosa pregunta de su prima ni para hablar del baile, sino para decirle:

—Iba justamente á llamarte, y me alegro de que hayas llegado con tanta oportunidad.

Y tomando del paquete de billetes que sobre la mesa dejó el secretario, cinco de ellos, continuó:

—Guarda esas cinco mil liras, por si algo extraordinario se ofrece durante mi ausencia.

Mientras doña Francesca enrollaba los billetes y se los metía en el bolsillo, vino un criado á decir al Príncipe que en la sala lo esperaba un empleado del Ministerio de la Justicia, el cual deseaba entregarle un pliego en propia mano.

—¡ Ah! exclamó el Príncipe: ya comprendo lo que es; la carta que pedí al Ministro para el Presidente del Tribunal.

Y cogiendo apresuradamente los billetes y metiéndolos en una gaveta, sin echarle la llave, salió á recibir su visita.

Ya solo con doña Francesca, le dijo el Capitan:

—Bien mio, el tiempo apremia, y tengo que ocuparme en los preparativos del baile.

—Yo tambien voy á salir: ya me estará esperando la modista. Siendo una fiesta dada por tí, quiero estar en ella mejor que nunca, y voy á ver si me sienta el vestido que mandé hacer. Y eso que me affige el pensar que ese baile es un adios á Florencia.

—Más bien á mi vida de soltero. Dos ó tres meses pasan en un soplo, y apénas medio arreglados mis asuntos, me faltará tiempo para volver á tu lado. Adios, alma mia; hasta la noche.

Despues de estas ternezas, y cambiándose una dulce mirada, doña Francesca se dirigió á la puerta por donde ántes habia entrado, y el Capitan lentamente hácia aque-

lla por donde acababa de salir el Príncipe. Al llegar á la cortina oyó el ligero golpe de la mampara que se cerraba detras de doña Francesca; aplicó entónces el oído á la puerta, junto á la cual estaba, y seguro de que nadie venía por aquel lado, se fué presuroso á la mesa, abrió la gaveta donde el Príncipe dejára los billetes, y sustrayendo rápidamente tres de ellos, la cerró otra vez, y muy tranquilo dejó la estancia, sin haber sido por nadie observado. En seguida se echó á la calle, y metiéndose en el primer coche de plaza que encontró á mano, se dirigió á casa de la princesa Etelvina, con objeto de convidarla al baile.

Aunque entregado á sus pensamientos, y con el incierto mirar de quien no pone atencion en lo que le rodea, al pasar por una calle angosta, en que la Legacion inglesa tenia sus cocheras, se le figuró haber visto dos personas conocidas que, paradas en la acera, conversaban. Abstraido como iba, no cayó al principio en quiénes eran; pero aquella vaga percepcion, tomando cuerpo en su mente, todo se estremeció, como si hubiera sentido la picadura de un reptil venenoso.

Como el coche ya habia pasado, miró sin perder tiempo por la ventanilla trasera, y cerciorado de que los interlocutores eran nada ménos que su buen primo John y D. Marcelo, mandó al cochero que parase un momento para observarlos.

¡Alma de Júdas! decia el Capitan retorciéndose en su asiento, ya me figuraba yo que serías capaz de venderme. Ya te ajustaré las cuentas. Por fortuna te he cogido infraganti y te haré cantar de plano. Pruebas en que



apoyar una delacion no las tienes. Recogerás las palabras que haya soltado tu maldita lengua, y en todo caso dejarás por embustero á ese miserable. Mas ¿cómo diablos se habrán puesto en inteligencia? ¡Ah, don Marcelo, me la quereis jugar de puño! Ya veremos quién puede más. Ahora sigamos nuestro camino; luégo hablaré con ese imbécil de John para saber hasta qué punto me ha comprometido.

Concluido este soliloquio y bendiciendo su buena estrella, que tan oportunamente le habia hecho descubrir los peligros que le rodeaban, mandó al cochero que continuase su carrera.

A las seis de la tarde regresaba el Capitan al palacio Cantelmini, sereno, risueño y satisfecho de sí mismo. Era para él uno de esos dias, raros en la vida, en que la fortuna parece adelantarse á nuestros deseos. Habia enriquecido su cartera con tres mil *liras*; habia logrado ver á la princesa Etelvina y obtenido la promesa de que asistiria á su baile, y sobre todo, habia cortado la intriga con que el implacable D. Marcelo, prevaliéndose de las imprudentes revelaciones de John, trataba de perderlo.

Con tal de que John cumpliese los juramentos que acababa de hacer á su primo, en el mismo cuarto donde dias ántes el astuto Zósimo oyó maravillado sus confidencias, y se atuviese fielmente á las oportunas instrucciones que el Capitan le habia dado para prevenir cualquier riesgo, sus malhadadas indiscreciones no podian, por el momento, tener gran trascendencia. Sin embargo, el Capitan se proponia vivir muy sobre aviso y abre-

viar en lo posible su estada en Florencia. Su posicion, ya embarazosa de suyo, se hacía más difícil con la guerra sorda del vengativo D. Marcelo. Como quiera que sea, habia parado el golpe de su enemigo, y lo que le importaba era ganar tiempo. No es extraño, pues, que se hallase satisfecho al atravesar los umbrales del palacio Cantelmini.

El Capitan se dirigió desde luego al despacho del Príncipe, donde lo halló registrando con visible agitacion los papeles de su mesa. Su secretario y doña Francesca seguian afanosamente aquella revision.

—Creí llegar tarde, dijo el Capitan con la mayor naturalidad, y hubiera sentido no acompañaros á comer hoy, que os marchais. Pero ¿qué os pasa, Cósimo, que estais ahí como un loco revolviendo vuestro bufete? ¿Se os ha perdido la famosa carta?

—Como un loco decís, y teneis razon; que no es para ménos lo que aquí pasa. Figuraos que mi secretario me trae veinte mil *liras* en billetes... Aquí estabais, creo, esta tarde cuando me las trajo...

—En efecto, ¿y qué?

—Entrego de esa cantidad cinco mil *liras* á Francesca, y dejo los otros billetes en esa gaveta mientras recibo al enviado del ministro; despues me ocupo en otras cosas, y cuando voy á recogerlos para guardarlos en mi cartera de viaje, los cuento, y no hallo más que doce mil *liras*, es decir; tres mil ménos. El secretario jura y perjura que trajo la suma completa. Aquí no ha entrado nadie. De mis criados, son antiguos y no tengo motivo para sospechar.



—Si es exacto lo que referís, dijo friamente el Capitán, el caso es bastante extraño. Pero, á falta de otros mejores, se me ocurre un medio de descubrir la sustracción, en el supuesto de que la haya habido. ¿Sabeis vos, ó sabe el secretario, de qué series eran los billetes y qué números tenían?

El Príncipe miró al secretario como esperando de su boca la respuesta afirmativa que él no podía dar. ¡Vana esperanza! El secretario confesó que lo ignoraba, y que muy rara vez se fijaba en esa particularidad.

—Pero, repuso el Capitán, ese dinero habrá salido del Banco ó de alguna casa de comercio; y allí de seguro lo sabrán.

—Esos billetes, contestó el secretario, estaban en caja hace tiempo, mezclados con otros de diversas procedencias.

—Entónces, Cósimo, dijo el Capitán torciendo el gesto, no penseis más en el asunto, y los billetes perdidos contadlos con los muertos.

El incidente no tuvo más consecuencias.

Aquel día se sirvió la comida más temprano; y terminada, el Capitán acompañó al Príncipe á la estación. Cuando llegaron á ella era ya la hora de la salida. El Príncipe subió apresuradamente con su secretario y su ayuda de cámara á un coche reservado, y partió el tren.

---

---

## IX.

### LA FIESTA DEL CAPITAN.

La *via de Tornabuoni*, que va del *Lungarno* á la de *Cerretani*, aunque no muy ancha, es la calle más céntrica y concurrida de Florencia. Allí se ostentan la Casa Consistorial y los imponentes palacios Corsi y Strozzi; allí están situadas las más elegantes tiendas, los más espléndidos cafés, las fondas más caras y famosas. Entre los establecimientos de esta especie, el que más se distingue por sus lujosos gabinetes y lo espacioso y magnífico de sus salones es el muy renombrado de Donney; que tal vez por haber pertenecido su dueño á la diplomacia americana—aunque parezca algo extraña la metamorfosis de diplomático en fondista—era el preferido por el numeroso y brillante personal de las legaciones extranjeras en los tiempos, aún no lejanos, en que la vagabunda corte de Víctor Manuel, esperando que la echase más allá el viento de la revolución, hacia un alto en la antigua y bella ciudad de los Médicis.

Era justamente el establecimiento de que vamos hablando el escogido por nuestro protagonista para su proyectado baile de despedida; y con ese objeto había al-

quilado por una noche el piso principal del edificio, habiéndose el mismo Donney encargado de todos los pormenores de la fiesta.

Que era llegado el momento en que debía celebrarse, harto lo demostraban la estrella de luces de gas que coronaba la puerta principal, reservada á los convidados, y el vivo resplandor de las ventanas.

Como en tales casos ocurre, la gente se paraba ante la afortunada mansion dispuesta para el festejo; y dos numerosos grupos, no sin dimes y diretes con los agentes de policía urbana, que procuraban mantener expedita la puerta, se habian colocado á uno y otro lado de la misma, resueltos á pasar revista á todo bicho viviente que aquellos umbrales atravesára.

Cada cual se divierte á su modo, y nadie puede impedir, al que por uno ú otro motivo no tiene acceso en un baile, que de él participe desde afuera, ya contemplando los claros balcones, ya viendo apearse á los convidados; los hombres con sus gabanes y bufandas; las señoras arrebuajadas en sus manteletas y cubiertas con sus capuchones; ó bien oyendo los ecos desvanecidos de la música, ó aspirando el husmillo que sube por los tragaluces de las cocinas, donde la cena del festin se condimenta; y si el termómetro señala tres ó cuatro bajo cero, ó llueve y ventea, entónces debe subir de punto el gozo de los abonados á este género de diversiones.

Desde las diez de la noche empezaron á llegar los coches y á presentarse los convidados; y á las once la orquesta, desde su elevada tribuna, abierta á modo de balcon en la misma pared, rompió el fuego con un brillan-

te rigodon de una de las operetas en boga del célebre Ofenbach.

El salon de baile estaba hecho una asqua de oro : allí las más hermosas y elegantes damas ; allí el Cuerpo diplomático ; allí magnates florentinos y opulentos banqueros y reputados artistas.

Las señoras se habían adornado con sus más espléndidas galas , y lucian en brazos y gargantas riquísimas joyas.

Los hombres , á su vez , ostentaban sus méritos , acaso su pueril vanidad , en placas de todas formas y cintas de todos colores.

Cuantos iban llegando daban al Capitan cordiales apretones de mano , y con encomiásticas expresiones le celebraban la brillantez de la fiesta. Las damas , por lo comun más lisonjeras , acompañaban el saludo y las frases de cajon : ¡ Qué bonito baile ! el mejor de la temporada , hará época , etc. , con dulces y expresivas miradas.

El Capitan , muy satisfecho , recibia sin marearse el incienso de aquella multitud ; y acudiendo á todas partes , para todos encontraba afables y corteses palabras.

Pero la que estaba aún más satisfecha que el Capitan , así dejándolo ver en su alegre sonrisa , su voluble locuacidad y sus oficiosas idas y venidas de aquí para allí , era doña Francesca. Llevaba un traje de color de rosa pálido , algo impropio de sus años ; y en su afan de engalanarse para la que llamaba su fiesta y parecer más hermosa , se habia recargado de plumas , cintas y flores.

Pasó el primer rigodon sin que el Capitan tomase parte en él , ocupado , como estaba , en recibir á la gente , y

ademas, porque lo primero que bailára se habia propuesto que fuese con la princesa Irene, la cual no habia llegado aún.

La orquesta empezaba á tocar una polka, cuando un lacayo, que no era otro sino John, puesto por su amo á disposicion del Capitan aquella noche, se acercó á éste para advertirle que la princesa Etelvina y su hija subian la escalera. El Capitan salió á la antesala y recibió muy obsequioso á sus aristocráticas amigas. La madre tomó su brazo, y yendo por delante la bella Irene, entraron en el salon.

Doña Francesca vió, sin alterarse, la llegada de las dos princesas, servidas por el Capitan. Considerándole ya como esposo con la palabra que de él tenia, y segura de su amor, parecíale ahora natural y corriente que obsequiase á las ilustres damas, y aun en cierto modo se alegraba de que hubiesen venido á dar con su presencia mayor esplendor á la fiesta.

Terminada la polka, empezó á tocarse un rigodon, y el Capitan, invitando á bailar á la princesa Irene, fué con ella á colocarse en uno de los sitios de cabecera.

Estaba la jóven Princesa verdaderamente encantadora. Su vestido era blanco y sencillísimo. Tenía los rubios cabellos sujetos por detras con una ligera corona de flores azules, y le caian sobre la espalda copiosos y medio deshechos rizos. Pendíale del cuello un precioso medallón de brillantes y turquesas, y dos diamantes fijos en sus pequeñas y rosadas orejas parecian dos gotas de rocío. Un aro de oro le ceñía el brazo izquierdo, y llevaba en la mano un lindo ramillete de flores. Era su tez como

purísimo nácar ; su boca, una rosa á medio abrir, y sus claros ojos, más dulces y serenos que el cielo de Italia en risueño día de primavera.

Hombres y mujeres, al contemplar aquella pareja, sintieron en el pecho el aguijon de la envidia. La misma doña Francesca, con toda su confianza en el propio mérito y en el amor del Capitan, años de su vida hubiera dado, y no era ya jóven, por cambiarse en aquel momento por la Princesa.

Empezó la contradanza, y ¡cosa rara! en el rostro del tan envidiado Capitan se fué desvaneciendo la alegría, y apenas encontraba una frase, una expresion que dirigir á su gentil compañera.

Mientras que las parejas de los costados hacian el *adelante dos*, la Princesa se volvió al taciturno galan y le dijo:

—¿Qué teneis, mister Morgan? Pareceis triste. Ya veis que hemos venido á vuestro baile.

—Con todo mi corazon lo agradezco. Estoy triste porque me alejo de Florencia. ¡He sido tan feliz en esta ciudad encantada!...

—Pero ¿volveréis pronto?...

—¿Quién puede contar con el porvenir?

—Seriais muy ingrato con la sociedad florentina si no volviereis.

—Vos misma no permaneceréis mucho tiempo en esta tierra, donde tantas simpatías...

—Capitan, no os distraigais, dijo la Princesa interrumpiéndole; nos toca á nosotros.

Hicieron la figura que les correspondia, y siguió el diálogo en estos términos :



—Aun cuando aquí tornára dentro de algunos meses, ¿os encontraria ya por ventura? ¿Quién no sabe que en Alemania os aguardan próspero enlace y toda suerte de esplendores? Esa es la vida : cada cual cumple su destino. No todos nacen para ser dichosos, y los que no lo son deben contentarse con soñar la felicidad ó fingirla.

—¿Qué vos digais eso!... ¿Qué os falta para ser dichoso?

—Nada en este momento. ¿Quién puede ser desgraciado al veros y oiros? Pero mañana...

—Mañana y siempre tendréis en mí una verdadera amiga.

—Sois un ángel, repuso el Capitan con cierto dejo de amargura, y... seguramente, cuando ménos, algun dia me tendréis compasion.

La Princesa, á quien no era dado apreciar el oculto sentido de aquellas palabras, creyéndolas expresion de amorosa pena, se sintió conmovida, y no tuvo al pronto qué contestar. En esto hizo la casualidad que se le desprendiese una de las flores del tocado, y recogíendola el Capitan, al írsela á devolver,

—Guardadla, dijo ella con inocente espontaneidad, guardadla como un recuerdo : verémos si la conservais todavía cuando nos volvamos á encontrar.

El Capitan la llevó á sus labios, agradeciendo aquella muestra de simpatía con vivos extremos. Tal vez hubie-  
ra preferido á la flor cualquiera de las joyas que la Princesa ostentaba.

En la confusion del baile, esta escena por nadie fué advertida, excepcion hecha de doña Francesca, que no

quitaba los ojos del Capitan, y tal fué el efecto que le produjo, que, á no ser por los afeites que le tenían el rostro á prueba de emociones, cualquiera la habria creído próxima á desmayarse.

La contradanza habia terminado, y el Capitan condujo á la Princesa al lado de su madre.

Al rigodon sucedió, tras leve pausa, uno de los más arrebatados vales de Strauss, y las parejas se cruzaban en todas direcciones girando á los vertiginosos compases. Mas de repente, como si los músicos se hubiesen instantáneamente paralizado al súbito golpe de prodigiosa vara; todos los instrumentos, rompiendo improvisadamente un acorde, cesaron de tocar al mismo tiempo, quedando muda la orquesta. Los que bailaban se pararon confusos, sin comprender la causa de aquella inopinada suspension; y todos los concurrentes, incluso el Capitan, como impulsados por un resorte, alzaron la vista á la tribuna de la música, quedando el salon en profundo silencio.

Un hombre de mediana estatura, más bien grueso que delgado, pelo y patilla rubios, negro frac y corbata blanca, apareció entónces en el dorado balcon, y dirigiéndose con resuelto ademán al público absorto, le habló de esta manera.:

— Señores, á todos os importa escucharme. Muchos de vosotros me conocen, y saben que D. Marcelo Rivalunga ni es un juglar ni un insensato.

El Capitan, al ver á D. Marcelo, se habia quedado hecho una pieza, sin habla ni accion, convertido en verdadera estatua.



— Príncipes y magnates, continuó D. Marcelo, jóvenes ilustres, esclarecidas damas, acabe ya tan funesta alucinacion. Creeis que asistís á la fiesta del noble capitán mister Richard Morgan, y donde estais en este momento es en la dorada red que os ha tendido un audaz impostor, un caballero de industria.

Un sordo murmullo corrió por todo el salon.

El Capitan habia vuelto de su sorpresa, y aprovechándose de aquel movimiento de disgusto, con ademan severo y voz imponente dijo :

— A ver, que saquen de la tribuna á ese demente y que continúe la música. Para broma de carnaval, ya va siendo larga.

— No os incomodeis, señor Capitan, replicó impávido D. Marcelo. La tribuna está atrancada por dentro, y los violines no sonarán por ahora.

En tanto crecia el rumor con que el público manifestaba abiertamente su desagrado.

Don Marcelo, que habia previsto la reaccion que debía seguir al estupor de la sorpresa, y calculado bien la eficacia de sus resortes, sacando de pronto un papel y esforzando la voz cuanto podia, exclamó :

— ¡ Por Dios ! señores, un momento de silencio. Aquí tengo las pruebas de cuanto afirmo.

Algunos concurrentes, ya porque empezasen á concebir ciertas dudas, ó bien porque, malévolos ó envidiosos, encontrasen sabroso alimento en tan imprevisto lance, prorumpieron desde un lado del salon :

— ¡ Que hable, que hable !

Otros añadían hipócritamente :

— ¿Qué mella pueden hacer tales disparates en la honra del Capitan?

El silencio que deseaba D. Marcelo se hizo en efecto, y pudo continuar su arenga.

—El que juzgais, dijo, capitan Morgan, y que, favorecido por las circunstancias, ha logrado engañaros indignamente, es ni más ni ménos que Richard Brown, sota de cuadra, primero, y luégo ayuda de cámara con ribetes de secretario particular — que para todo sirve — del verdadero mister Richard Morgan. La honrosa herida que tanto os conmueve, es una cox, gloriosamente recibida en las funciones de su primer empleo.

Una ruidosa carcajada acogió las palabras de don Marcelo, el cual, visiblemente, empezaba á captarse la benevolencia de su auditorio.

No era el Capitan hombre que se ahogaba en poca agua; pero nunca se habia visto en tan duro trance, y en vano se esforzaba en disimular su ansiedad, no tanto causada por las revelaciones ya hechas por su enemigo, como por temor á las desconocidas pruebas que ofrecia presentar.

— Es preciso que acabe esa farsa odiosa, decia con reprimida cólera.

— Y que lleve su merecido tan estúpido calumniador, añadia uno de los que la echaban de íntimos del Capitan.

— Lo mejor, decia otro, es que venga la policía.

— De ningun modo, replicaba un tercero, ántes de que se hayan exhibido esas famosas pruebas. Ya vá en ello el crédito del Capitan.

Por último, un concurrente, poseido de mayor indig-

nacion ó queriendo singularizarse, alzando la voz, interpeló así á D. Marcelo :

—Cuanto decís es una villana invencion, tan infame como absurda. ¿ Dónde están, miserable, esas que llamas pruebas ?

Tales expresiones, pronunciadas con calor, contrabalancaron el efecto producido por los cómicos rasgos de don Marcelo al identificar la verdadera persona que con el nombre de los Morgan se encubria.

Don Marcelo comprendió cuán expuesto estaba á fracasar en su empresa si no volvía á dominar el auditorio, y con grandes aspavientos y exagerada vehemencia contestó :

— Respondo con mi honor y hasta con la vida de cuanto afirmo. En el salon hay un testigo de mayor excepcion, que no me dejará mentir : John Brown, primo hermano del fingido Capitan y criado de la Legacion inglesa; y por si todavía os quedase alguna duda, aquí tengo el pasaporte de Richard Brown, dado por éste á John, para que le sacase del correo sus cartas, no atreviéndose á recogerlas él mismo ni á dar sus señas, por vivir en casa del príncipe Cantelmini con nombre supuesto. En este documento está la filiacion de su dueño: que se vea si es la misma del gran señor que os ha convidado á su baile.— Y arrojó al salon el papel que, en actitud amenazadora, habia hasta entónces tenido en la mano.

El público se quedó sobrecogido y silencioso, y parecia frio el ambiente, á pesar de las luces y la gran concurrencia.

Miéntras se miraban unos á otros, sin saber nadie qué pensar ni qué decir, D. Marcelo, cruzado de brazos en el balcon de la orquesta, contemplaba con gesto y ademan de triunfo la honda impresion que sus revelaciones habjan causado en aquella reunion de gente, poco há tan alegre y bulliciosa. Con un mismo golpe heria mortalmente á su adversario y se vengaba de la alta sociedad, donde tan vanos esfuerzos habia hecho para introducirse.

Sin embargo, no era el Capitan hombre que se daba fácilmente por vencido ; y desde que supo en lo que las pruebas consistian, empezó á respirar y sintió aliviársele el corazon. Cogió con desdeñosa sonrisa el pasaporte que corria de mano en mano, y que en realidad no probaba gran cosa, pues las señas que contenia eran vagas é incompletas, y afectando serenidad, habló así á los convidados:

— Señores, con toda mi alma siento que tan imprevista y ridícula escena haya venido á turbar vuestra alegría. Yo os habia invitado á bailar y á divertir os, no á oír las sandeces y absurdos que el bueno de D. Marcelo, encastillándose en esa tribuna y teniendo sobornados á unos pobres músicos, ha podido proferir á mansalva. Os ruego, sin embargo, que no olvidéis que estamos en Florencia, donde no debe haber función sin Stentarello (1), y que considereis lo ocurrido, no como grave suceso que asombre vuestra alegría, sino como chasco de

---

(1) Personaje obligado de todas las comedias populares, como Policinela en Nápoles.

carnaval que la acrezca y la avive. Tanto más, que todo ello es consecuencia del último día de corso, en que vió don Marcelo su amarillo peluquin volar por los aires. Bien sé que ninguno dudais de quién yo sea, y juzgo ocioso defenderme. Pero la comedia empezada debe tener dos actos, y os ruego que no negueis vuestra atención al segundo, el cual será muy breve, y acabará sin duda con una silba á Stenterello, por su mucha necedad y poquísimo ingenio...

— Que se interrogue á John Brown, gritó D. Marcelo, y se verá...

Las voces de: «Fuera, fuera», le impusieron silencio.

— Si, repuso el Capitan apaciguando el tumulto, interroguemos á John Brown y complazcamos á Stenterello. A ver, ¿dónde está John Brown?

John se presentó en seguida, algo pálido y desconcertado.

— John, ¿me conocéis?

— Sí, señor, dijo el lacayo.

— ¿Quién soy yo?

— El capitan mister Richard Morgan.

— ¿Conocéis á Richard Brown?

— Sí, señor.

— ¿Quién es?

— Un primo mio y criado vuestro.

— ¿Dónde está?

— En Lóndres.

— ¿Quién os dió este pasaporte?

— Vós.

— ¿Para qué?



JUNTA DE ANDALUCÍA

Monumento de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

— Para sacar una carta que mi primo sabia que tenía en el correo y mandársela á Londres; pues aunque debia haberos acompañado á Florencia, luégo cambiasteis de parecer y lo enviasteis con vuestro equipaje á Inglaterra.

— ¿Cómo fué á parar este documento á manos de don Marcelo?

— Me hizo beber más de lo que mi cabeza podia resistir y se apoderó de mi cartera. Tambien me ofreció dinero para que le ayudase en su proyecto de venganza.

Un aplauso coronó este interrogatorio.

— Ese criado es cómplice del Capitan, gritaba don Marcelo como un energúmeno: que le pregunte un juez, y se sabrá la verdad.

— Ahora, dijo el Capitan, si D. Marcelo no sale de esa tribuna, que hundan la puerta.

No fué menester acudir á tales extremos, y D. Marcelo huyó del local sin que nadie lo incomodase; pues aunque muchos eran de opinion que debia ser detenido por la policia, el Capitan, temiendo, y con razon, las pesquisas judiciales, prefirió echarla de magnánimo y generoso.

La orquesta volvió á tocar valsos, rigodones y mazurkas; pero ¿quién hacia ya caso de la música ni pensaba en bailar? La mayor parte de las señoras, y entre ellas la princesa Etelvina y su hija, se habian retirado; y la gente que aún quedaba, formando diferentes grupos, se entretenia en picantes observaciones y chistosos comentarios sobre las extrañas peripecias del baile.

Aquí, un hijo de Albion exclamaba: — *Oh very ex-*

*citing! Very curious event! Allí, se oía á un agregado frances:— Ma foi, c' est cocasse; jamais je ne me suis autant amusé dans un bal. Acullá, un caballero napolitano, con la animada expresion que distingue á los que han nacido en aquella tierra afortunada, decia:— Dio benedetto, che serata! che serata! Sapeva che questo don Marcelo fosse un furbo, ma non l' avrei creduto mai capace di tanta scostumatezza.—Se io fosse il Capitano, le contestaba un oficial piemontés, non sarebbe andato al letto senza una buona bastonata.*

En un corrillo de españoles, pues todas las naciones estaban allí más ó ménos representadas, un jóven andaluz decia á sus compatriotas:—Confieso que me he divertido más que en una corrida de toros. Vaya, que el tal don Marcelo es pájaro de cuenta. Gracioso sería que el Capitan nos hubiese dado á todos el gran camelo.

A la una y media de la noche ya no se veía en los salones á ninguna señora. Todas, unas tras otras, habian ido desfilando, incluso doña Francesca, cuyos nervios no pudieron resistir á tantas emociones.

Algunos jóvenes quedaban todavía; unos fumando, otros cenando en la pieza del ambigú. El Capitan, con calma más aparente que verdadera, habia tambien encendido un cigarro y hablaba y bebia con ellos.

A las dos y media todos se habian marchado, y el Capitan pudo dejar al fin el teatro de la fiesta, á la manera que en un naufragio el que manda la nave es el último que la abandona, perdiéndolo todo, ménos la vida.



---

---

X.

LA SORTIJA Y LA CARTA.

En vano pidió al sueño el Capitan reposo para su agitado espíritu y abatido cuerpo. Habia parado con destreza suma el diabólico golpe de su audaz enemigo; pero la voz de alarma estaba ya dada y la sospecha labrando en los ánimos. Aun suponiendo que hubiese logrado convencer de falsedad á D. Marcelo, ¿quién, despues de lo acontecido en el baile, podria mirar al Capitan sin la sonrisa en los labios? Amenguado su prestigio, controvertido su nombre, y su poética aureola desvanecida, no le era ya posible, sin gravísimo riesgo, prolongar su mansion en Florencia. Ademas, segun sus cálculos, el verdadero Morgan no debia ya tardar mucho en llegar á Europa, y si se le antojaba pasar por la capital toscana, nuestro héroe estaba perdido sin remision. Urgia, pues, tomar un partido, y no habia otro que apelar á la estratagemas de la fuga cuando todavía era tiempo.

Pero aquí tropezaba el Capitan con una séria dificultad: la falta de dinero. Desde un principio habia entrado en sus planes — y era el principal recurso con que contaba — pedir ocho ó diez mil *liras* prestadas al príncipe



Cantelmini, en la seguridad de que no se las negaría; mas por el viaje del Príncipe habíase visto obligado á aplazar la realizacion de su proyecto. El caso, sin embargo, no admitia espera, y el Príncipe, segun habia escrito desde Milan, no estaria de vuelta ántes de un par de semanas. Ni con el antecedente de la desaparicion de los billetes de banco el dia de su partida, y lo ocurrido despues en el baile, era ya prudente acudir al Príncipe, cualquiera que fuese el pretexto, en demanda de tan crecida suma. Cerrada esta puerta, ¿cómo salir del atoladero? Las tres mil *liras* que con tanto primor hiciera pasar de ajena gaveta al propio bolsillo, las habia pródigamente disipado; y sin dinero para atender á los precisos desembolsos de un viaje, y áun para salir de algun lance apurado, si en él se llegase á ver, ni podia ni debia partir. Este era el tema á que daba vueltas y más vueltas en su mente desvelada.

En medio de sus cavilaciones, un guarismo se ofrecia á su imaginacion con fatal insistencia; y era el que representaba la cantidad entregada delante de él por el Príncipe á su prima. Mas, aunque la idea de procurársela empezaba á subyugar su espíritu, pareciale tan árduo y ocasionado empeño, que preferia no acudir á tal extremidad ántes de tocar otros resortes y haber apurado todos los medios.

Habia comido recientemente en la Legacion inglesa con mister Jackson, banquero pagador de la misma, á quien fué presentado por el Ministro como el propio capitán Morgan. Nada, pues, tendria de extraño que, con el pretexto de no alcanzarle para sus gastos el di-

nero que habia traído, le pidiese tres ó cuatro mil liras, en cambio de una letra sobre Lóndres contra el notario encargado de los fondos y asuntos de los hermanos sir Aston y mister Richard Morgan. El banquero no habia asistido al baile y no podia abrigar sospecha alguna. Este temperamento, como el más fácil y sencillo, fué el definitivamente adoptado por el Capitan; así como tambien resolvió vender su reloj de oro y la sortija con el zafiro, regalada por doña Francesca. Y la venta de esos objetos se propuso llevarla á cabo ántes que nada; pues importábale mucho tener asegurada alguna cantidad, aunque no fuese muy considerable, para no hallarse desprevenido en cualquier evento: tanto más, que podia suceder, áun cuando no pareciese probable, que el banquero no se diese á partido, y hasta que la misma doña Francesca, si á tal extremo recurría, columbrando al fin la verdad, ó queriendo en su amorosa obcecacion retenerlo en Florencia, se negase á franquearle su tesoro.

Ya trazado en su mente el plan que habia de seguir, comprendió cuán necesario le era reparar sus fuerzas; y dejando á un lado los molestos pensamientos que lo agitaban, logró conciliar el sueño cuando la luz del dia penetraba ya por las rendijas de sus ventanas.

Descansó dos ó tres horas, y á las diez de la mañana se puso en la calle, dejando dicho en la casa que almorzaba fuera.

Hay en Florencia un antiquísimo puente (así lo indica el calificativo *vecchio* que lo denomina), el cual es una de las curiosidades más interesantes de la ciudad. Sus-

tentando á un lado y otro, en toda su longitud, una porcion de mezquinos casucos con pequeñas tiendas de platería y joyas populares, cualquiera, al verse en él, si no fuera por los coches que sin cesar lo atraviesan y el moderno vestir de la gente, se creeria trasportado á la Edad Media.

No obstante la pobre apariencia de aquellos edificios, sus moradores, judíos por lo comun, suelen ser muy opulentos; y en esas modestísimas tiendas, donde no se ven grandes espejos, ni brillantes anaqueleras, ni lámparas de gas, encuéntrase á veces alhajas antiguas de gran mérito y áun piedras preciosas de mucho valor.

Al *Ponte Vecchio*, que acabamos de mencionar, es á donde, sin perder tiempo, se dirigió el Capitan.

Ya próximo á la entrada miró en torno de sí, y cerciorado de que no había por allí nadie conocido, tomó por el puente, y con lento paso comenzó á inspeccionar las platerías.

En una de las de mejor aspecto hallábase á la puerta un anciano que parecia el dueño, y acercándose á él, le preguntó con naturalidad si querria comprarle dos alhajas que llevaba, y de que era su ánimo desprenderse. A lo cual respondió el interrogado que entrase en la tienda y se las enseñára, siendo posible que le conviniesen. Así lo hizo el Capitan, y sobre el pequeño mostrador expuso la cadena de oro de su reloj y la sortija con el zafiro. El platero se armó de gafas y examinó detenidamente ambos objetos.

—Son, indudablemente, prendas de valor, dijo al Capitan.

—¿Y en cuánto las estimais?

—La cadena en su peso; por la sortija, y creo que estaria bien pagada, me alargaria hasta quinientas liras.

—Aunque me parece algo baja vuestra tasacion, desde lúego cierro el trato. Tomad las alhajas y dadme el dinero.

El viejo miró al Capitan, y con tono afable le contestó:

—No tengo inconveniente en quedarme con ellas; pero nosotros no acostumbramos á comprar joyas de ese precio sin conocer á las personas que las venden, ó saber con seguridad su procedencia. Si vuestra merced no quiere molestarse en traer quien le abone, dígame al ménos su nombre y dónde vive. Yo, mañana ó pasado, iré por los objetos y le llevaré el dinero.

No se esperaba el Capitan esa salida, y con ojos admirados y como resentido porque su probidad se pusiese en duda, replicó vivamente:

—¿Tengo acaso, señor mio, cara de vender alhajas robadas?

—No se incomode, repuso el platero; es el sistema que en el gremio hemos establecido.

El Capitan, visiblemente disgustado y mohino, recogió sus prendas; y siguiendo adelante, se paró poco más arriba, en otra joyería, donde se repitió la escena anterior, con la diferencia de ofrecerle ménos precio por su mercancía.

—Está visto, dijo para sí dejando la tienda, ese maldito D. Marcelo ¡mal rayo lo parta! me ha hecho *gettatura*, y nada me sale bien. Mas oro es lo que oro vale; y despues de todo, si logro alzar fondos en casa del ban-